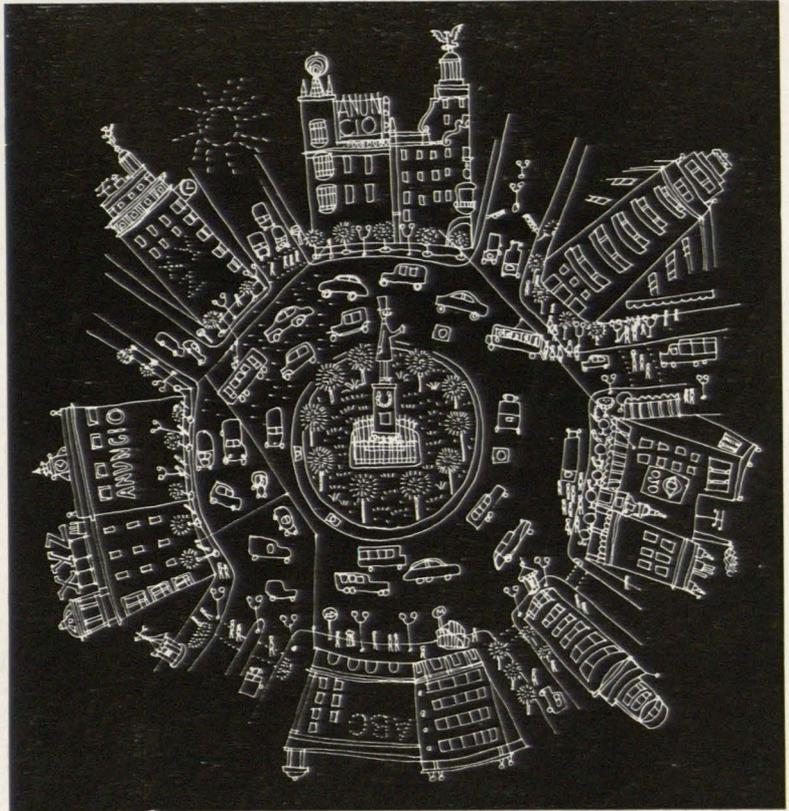


# PLAZAS

## SESION DE CRITICA DE ARQUITECTURA



*JOSE LUIS PICARDO.* Vamos a hablar de estos espacios o ambientes destinados exclusivamente a los hombres entre el trazado viario de una ciudad. Intentemos antes una clasificación de estos espacios.

a) Consideremos, en primer lugar, por su mayor tamaño, aquellos ambientes en los que las personas buscan el aislamiento y contacto con la Naturaleza, como los enamorados, los solitarios, los poetas... Estos son los parques, y que tienen su más completo desarrollo en ciudades nórdicas, porque estas gentes son más introvertidas.

En España las ciudades no han tenido, como norma general, interés ni preocupación por los parques. En Madrid, por ejemplo, todos los parques que ahora existen, a excepción del Parque del Oeste, de creación municipal muy reciente, son incorporaciones de posesiones de la Casa Real; el Parque del Retiro, la Casa de Campo, El Pardo, etc., y lo mismo en Sevilla, Aranjuez, etc.

Como en estos parques, en realidad, no se reúne la gente a tratarse en número, no hay que hacer grandes avenidas, que están destinadas al vacío, como las de las estatuas del Retiro, y sí caminitos y sombrías alamedas y soleados parterres y arbolado que absorba y tape al resto de la ciudad. La teoría de es-

tos parques en el interior de la ciudad son lugares de retiro y aislamiento en busca de paz e intimidad.

La versión meridional de estos lugares urbanos fueron nuestras plazas-jardines, recoletas, apartadas y tranquilas, y a veces tan pequeñas, que más parecerán encantadores patios.

Cuántas de ellas vemos y gozamos aún en Córdoba y Sevilla, por ejemplo.

b) Plazas de reunión, en las que se busca el trato de las gentes, la sociedad. Estas son características eminentemente mediterráneas, de un pueblo extrovertido, al contrario del nórdico. Este trato tiene dos particularidades: estar-estático y paseo dinámico.

Y para ese "estar" hacen falta muchas cosas y sobran otras. Sobre todo, se necesita sitio, sol, sombra, asientos, protección del viento, marco bello y atractivo, y sobra el tráfico, monumentos que ocupen lugar destinado a la gente, ruido excesivo y, a veces, árboles y jardines en demasía.

c) A la misma categoría anterior pertenecen los paseos también como lugares de reunión, pero en su aspecto dinámico, sobre todo para "verse".

Por tanto, sería muy de tener en

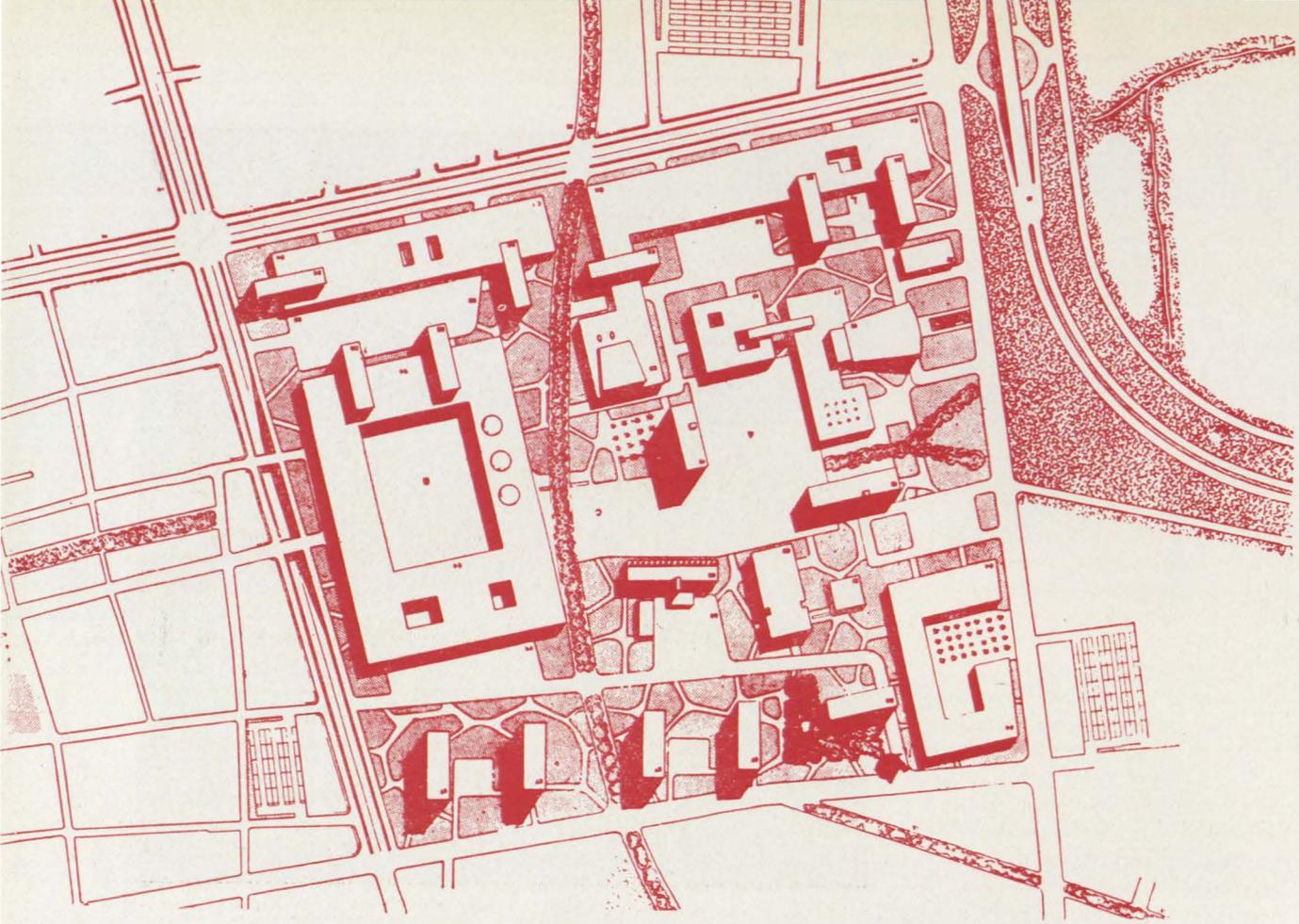
cuenta al proyectarlos este aspecto lineal de ida y venida, con su "cia boga" en extremos o en rotación, abundancia de luz y, sobre todo, atractivos.

d) Esas grandes plazas monumentales deshumanizadas, que no se han hecho para el uso de los hombres, sino para proporcionar apoteosis a las arquitecturas.

Son para no ser pisadas casi por el hombre. Su origen fué el apogeo de las monarquías absolutas: El Escorial, Versalles, la Armería, etc., que, en vez de ser espacios para reunir a la gente, eran como para apartarla de sus palacios.

Estas plazas evolucionaron académicamente con el romanticismo, y como éste coincidió con las óperas, se hicieron plazas sólo para verlas como grandes y suntuosas sinfonías, como la Concordia de París o las grandes plazas de la suntuosa y elegante Viena, y el hombre en ellas es como un estorbo; no son "plazas" para los hombres, sino plazas para la "diosa" Arquitectura.

e) En estos tiempos están apareciendo, como consecuencia de regímenes políticos, unas plazas como las del Kremlin, en Moscú, o las que crearon en las ciudades alemanas los nazis para que las muchedumbres, en forma de masa organizada, hagan acto de presencia. Aquí



*Centro cívico en Cali (Colombia), proyecto de los arquitectos P. Wiener y J. L. Sert. Se divide en dos zonas: comercial y administrativa. Los comercios se agrupan en torno a una plaza cerrada y las oficinas alrededor de un espacio abierto.*

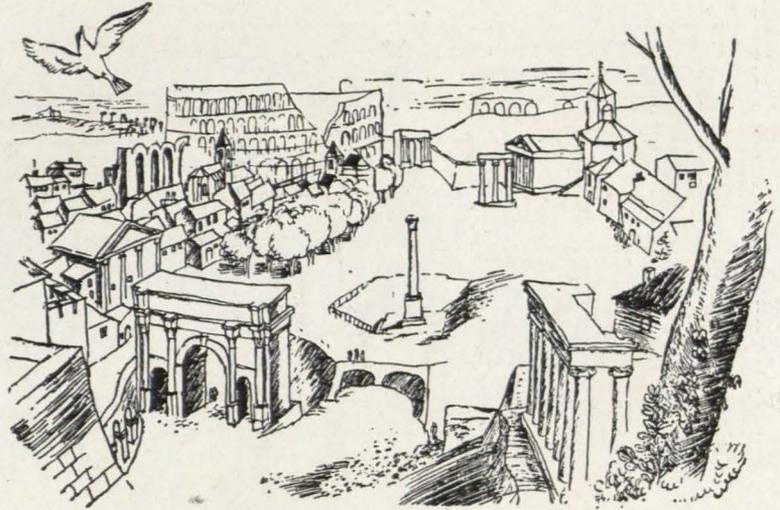
*La plaza de Trujillo. (Foto Kindel.)*



lo que se procura es la exaltación de esa masa en superficies enormes y planas. Hay que no olvidarse de que es de aquellos terrenos sin límites de donde surgen las grandes exaltaciones. Por ello, no es casualidad el que Don Quijote sea de la Mancha, porque es en estas ilimitadas y alucinantes tierras donde su locura podía tener explicación. En los pintorescos valles agradables y frondosos de perspectivas cerradas—acordaos de los foros: son los que fomentan el trato cívico—no se pueden producir estos tipos de exaltación. Las plazas a que aquí hago mención tienen siempre este mismo carácter desolado y deshumanizado. Tampoco son para los hombres, sino para la masa.

f) Ahora han surgido también los ambientes necesarios para los deportes. Digo que han surgido ahora, porque antes el campo estaba cerca y la necesidad de la vida al aire libre se resolvía fácilmente con dar un paseo fuera de la ciudad. Pero ahora nuestras ciudades enormes precisan de estos nuevos ambientes para que el hombre juegue sus músculos en contacto con la Naturaleza. Recuerdo siempre la terrible impresión que me hizo la vista de París desde la torre Eiffel, en que la edificación se alargaba por todos lados hasta donde la vista alcanzaba.

g) Finalmente, están los ensanchamientos en las vías y calles de



tráfico, como remansos; las placitas que en las ciudades antiguas existen con tanta profusión y que producen tanto agrado, lo mismo al que vive allí como al que pasa por ellas.

En nuestras calles actuales estos ambientes de reposo, que siempre han sido una necesidad humana y que siempre se ha sabido resolver, ya no existen. Nos horrorizaría hacer una casa con un pasillo larguísimo sin ensanchamiento de descanso del ambiente a estos remansos urbanos. Yo las llamaría plazas de desahogo o desahogio. Además, el tráfico hoy día, que es a base de máquinas, lo vemos parecido a los canales de Venecia, canales en donde no se mezclan con los peatones

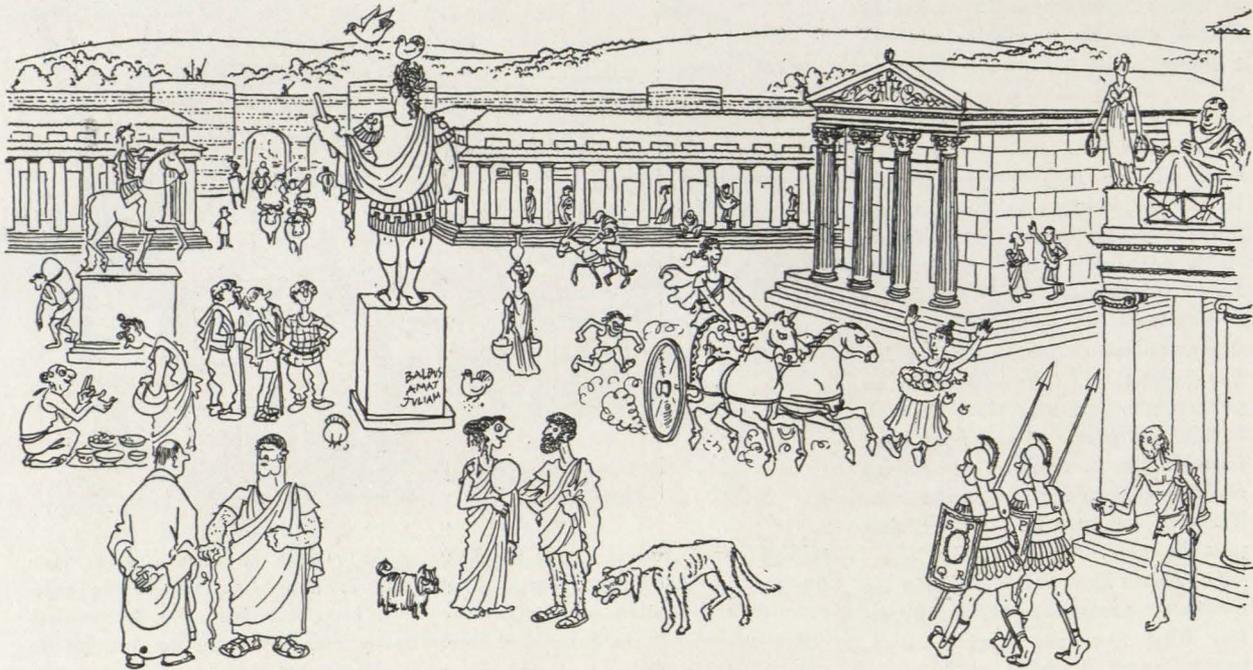
y de cuando en cuando estas vías-canales tienen su muelle de amarre, estacionamiento de los vehículos y espacios a fin de que los ya peatones descansen o tomen sus caminos de a pie.

Todo este orden de espacios humanos, se tuvo, hasta no hace mucho, en las ciudades. Cualquier ciudad que se haya conservado sin evolucionar nos lo presenta. Segovia, Trujillo, Toledo, etc., tienen su plaza central, su catedral, su mercado, sus afueras, con sus alamedas, su campo.

En realidad, no podemos copiarlas hoy, porque hoy necesitamos en las casas más sol, aire e higiene, que ellos no valoraban, por lo vis-



*Plano medieval de la ciudad de Malinas, resuelto con sus plazas o ambientes para que en ellas tuviera lugar una parte importante de la vida de la colectividad. El que esto estuviera perfectamente adecuado a su época no quiere decir, en modo alguno, que nos valga ahora a nosotros.*



El arquitecto inglés Osbert Lancaster, en su libro "Draynesflete Revealed", ha hecho estos dibujos de la evolución del centro cívico de la ciudad romana a la de la Edad Media y a la de nuestros días. No precisan comentario estos deliciosos "cartones".





to; pero hemos de dar con la solución de crear esos espacios hoy.

Hemos crecido tan de prisa, que todo se ha resuelto con poco tiempo y precipitadamente: no ha habido tiempo ni ocasión para pensar más que en las apremiantes calles de circulación de vehículos que muy urgentemente nos llevan de unos sitios a otros. Y así resulta que el antiguo casco, con estos ambientes, donde todavía tiene vigencia, ha quedado tan pequeño al lado del enorme crecimiento del ensanche, que ha dado lugar a que la ciudad de hoy sea un monstruo de pequeñísima cabeza con un colosal cuerpo, o una casa con miles de dormitorios y pasillos; pero sólo con un comedor, un estar y un baño ridículos.

Y esto no en el peor de los casos, porque hay muchísimas ciudades en donde estos espacios ya no existen, y lo que ha resultado ya no es un monstruo, sino un caos: unos comen en el pasillo y otros se bañan o bailan en los pasillos también.

Lo que ha ocurrido, para que lleguemos a esta situación tan lamentable, es que desde Jesucristo hasta nuestros abuelos la ciudad ha sido

muy parecida, y así su evolución y crecimiento se ha podido ir verificando de un modo coherente y agradable. Y ahora, de repente, se presentó un factor enormemente revolucionario: el hombre ha sustituido sus dos piernas o las cuatro de su caballería por cuatro ruedas que andan velocísimamente, dando lugar a un trastorno feroz en el uso y en el desarrollo de las ciudades.

Si el ferrocarril cambió la geografía de un país, el automóvil ha transformado la ciudad, como el avión está transformando el mundo.

El hombre, visto el monstruo que de prisa y corriendo ha organizado, y disponiendo de sus cuatro rápidas ruedas, huye en cuanto le es posible y pierde el cariño a la ciudad, el espíritu cívico y, en una palabra, el interés por todo lo que a su ciudad se refiere. Entonces se dice; si ya no nos interesa, abandonemos las ciudades; a lo mejor es que ya no hay que vivir en ellas, como pasaba en la Edad Media, por miedo a las razias; vivamos en pleno campo, aislados unos de otros. Y el moderno urbanista traza unos preciosos barrios apartados.

Pero es que necesita de ella, porque tal como está constituida la

vida, la necesita: la ciudad es el corazón de su sociedad, su hígado y su mente. Y la necesita porque el hombre es sociable, a diferencia de otras especies, y se aburre sin ella, porque aunque el hombre hoy es muy civilizado y se puede llevar esta civilización a su casa, en la ciudad lo tiene todo a mano, y, sobre todo, al propio hombre.

Se llega a esta tremenda situación en que el hombre va a la ciudad a resolver lo más rápidamente que puede sus asuntos para en seguida escapar de allí, porque aquello le resulta inhumano e intolerable.

Ha surgido esta curiosa paradoja: El hombre rápido precisa mayor rapidez; cuanto más potente es su coche, más de prisa quiere ir a todos los lados y resolver todos los asuntos. Cuando el hombre iba a pie o a caballo, no tenía tanta prisa, y podía pararse a contemplar un edificio, a charlar con sus conciudadanos y, en una palabra, a vivir la ciudad; ahora vive en grandes ciudades para angustiarse en ellas; pero se despueblan los pueblos, y es porque, en realidad, necesita hoy su ciudad, y los pueblos deben evolucionar a ciudades pequeñas. Es de-

cir, la ciudad sigue siendo el marco necesario al hombre.

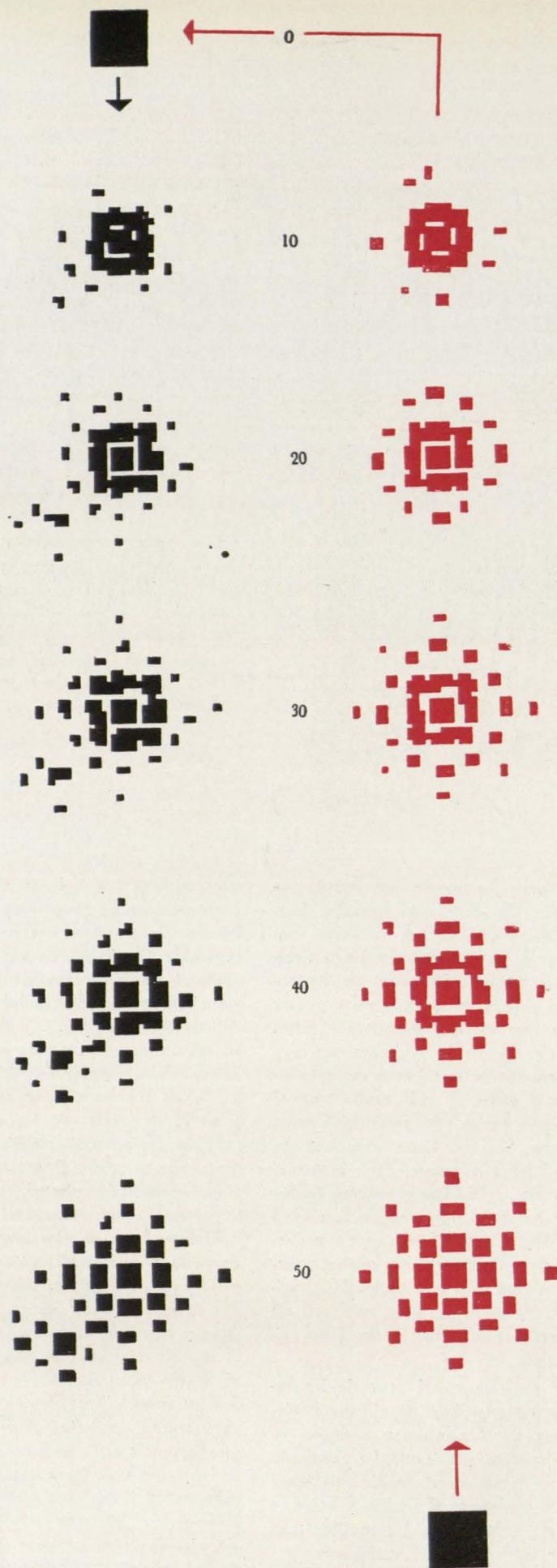
La culpa fué, dice Saarinen, de los arquitectos del siglo XIX—y del XX, decimos nosotros—, que abandonaron el trazado de la ciudad a los agrimensores y constructores y a unas fáciles ordenanzas jurídico-técnicas hechas sobre un plano. Trazaron sus calles y “sus plazas”. Ahí las tenemos: plaza con Colón o un general, plaza con el marqués de Salamanca, plaza con una isla desierta y un náufrago; eso sí, en piedra o en bronce, en medio. ¿Para qué sirven, salvo para desahogar un poco los tubos-calles que hacen y para ver de lejos algo de verde? Y el arquitecto creyó que él sólo estaba para que las casas tuvieran un buen estilo o hacer monumentos en esas plazas; y el urbanismo se ha ido, por la premura del tiempo en que se trabaja, al camino primario de construir una ciudad, pero no a planearla.

El arquitecto es el único técnico que por la índole de su formación tiene un sentido humanista que le permite la posibilidad de planear. Es el que puede hacer de intermediario entre el hombre y la Naturaleza para que aquél no se quede aislado entre bloques de hormigón y máquinas.

Su obligación es ser el enlace entre el hombre en sí, e incluso los misteriosos elementos sensitivos interiores conscientes y subconscientes del hombre, como decía Neutra, y la Naturaleza, empezando exageradamente en su ropa interior y acabando en su geografía, incluyendo en ella a los demás hombres. Vemos que para ello es necesaria en la ciudad una diversidad de estos lugares de vida común, desde el que sólo sea para que vayan a él las madres y los niños de las casas a jugar o tomar el sol, hasta los centros cívicos de los barrios y el de la ciudad.

Este centro de la ciudad se está perdiendo, y es necesario, y uno de los Congresos del CIAM lo estudió como tema y le llamó el Corazón de la ciudad. Se ve que cuando una ciudad no lo tenía, la vida se lo improvisaba—mal, claro—en cualquier rinconada, y es fundamental para que el hombre no pierda su idea de ciudadano y se haga un enemigo de sí mismo al hacerse enemigo de su vida y de su ciudad.

Vamos a ver un ejemplo: Madrid tenía como Centro, como auténtico



*Proceso de composición orgánica reajustado (Práctica).*

*Proceso teórico de composición urbana (Investigación).*

corazón de la ciudad, la Plaza Mayor. De allí se desplazó a la Puerta del Sol. Desde allí, hacia 1900, a la calle de Alcalá, dispersándose, para pasar después a la Gran Vía, y llegar ahora, en nuestra época, a que haya desaparecido este elemento tan importante. Porque, ¿cuál podría ser este centro ahora: la Red de San Luis, Callao? ¡Pues vaya un sitio! Allí se llega y no puede uno ni pararse.

Además, hay otro motivo para este Centro: el de ofrecerse al forastero. Si la ciudad medieval presentaba el laberinto de sus callejuelas al extraño es porque éste era casi siempre enemigo que irrumpía en la guerra. Hoy la población flotante es grande y el turismo es una de nuestras facetas de vivir con todas las ventajas del conocimiento que engendra comprensión, respeto y cariño.

Las ciudades o se ven desde fuera, presentando al que llega una hermosa fachada, como ocurre con

las ciudades abiertas a un puerto o valle—Constantinopla, Segovia—, o desde un monte—Ecija, Atenas—, o se ven “desde dentro”, desde un lugar en el que las gentes están y reciben a los visitantes. Recuerdo la delicia que es llegar a Copenhague o a Estocolmo, a Rotterdam y sin conocer nada, ni de su idioma ni de sus costumbres, entrar en seguida en la vida de la ciudad en aquellos centros cívicos modelo de las ciudades de nuestros tiempos.

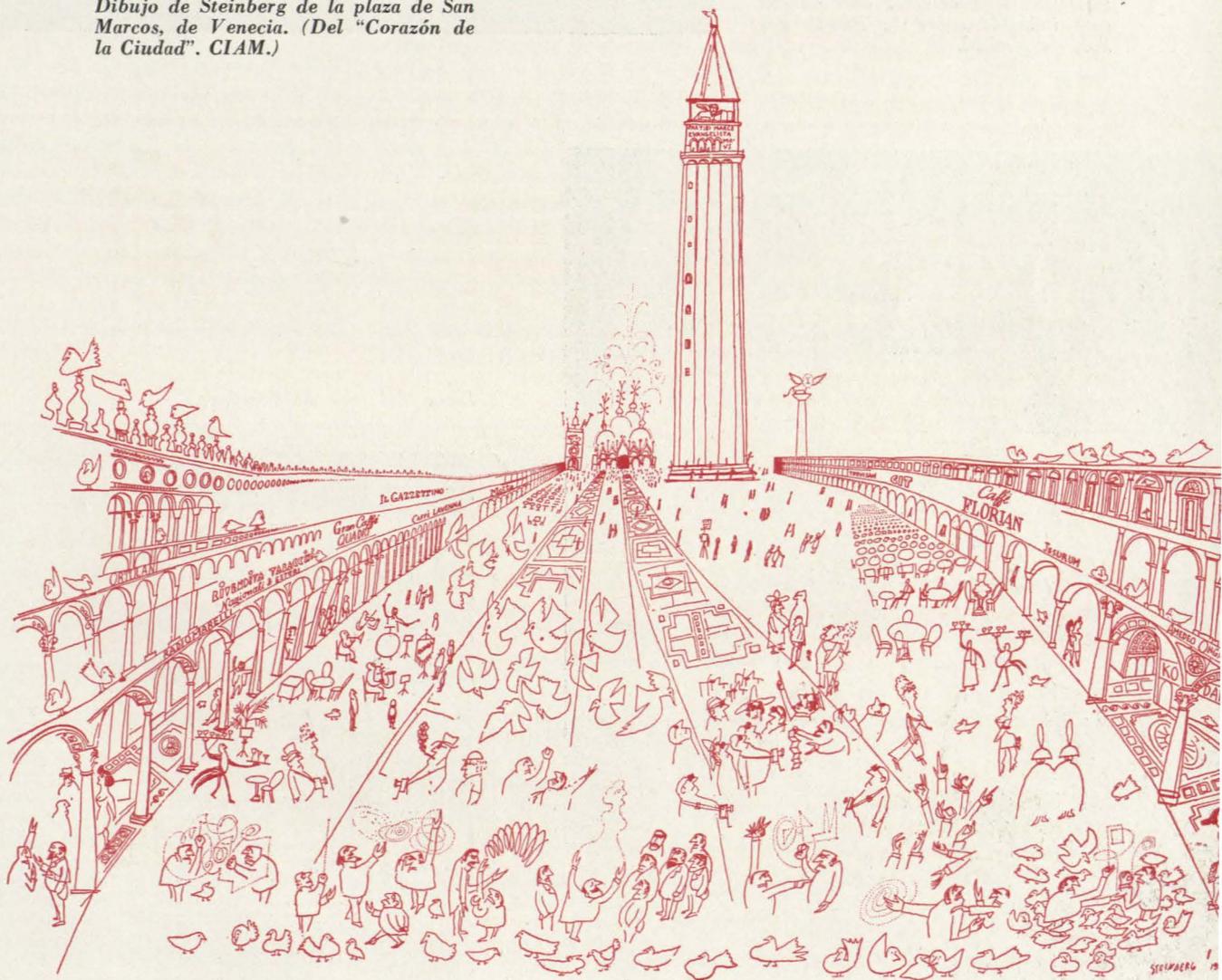
Nosotros, españoles, parece ser que tenemos fama de hospitalarios; pero es una hospitalidad que semeja a la de los beduinos del desierto, que también están reputados como gente que sabe recibir; pero hay que ver hasta que se llega hasta un beduino el desierto que hay que pasar. Igual nos ocurre a nosotros: cuando se conoce a una familia española, su trato es sumamente agradable, pero hay que ver lo que cuesta hasta que se la conoce.

Así que esta misión del centro de recibir y ambientar al forastero es de tener muy en cuenta; no sólo ha de ser el *living* de los indígenas, sino también el recibo agradable para las visitas.

En España se han hecho algunas plazas con buena intención, y recuerdo como una de tantas la plaza de Córdoba, cuya intención, como digo, debió de ser buena, es decir, se tendió en el ensanche a crear este centro-corazón de la ciudad. Pero el resultado es realmente malo. Allí hay una acera escasa alrededor de una calle en forma de anillo, y en el centro del mismo una estatua del Gran Capitán, que está bien, pero tan pequeña y tan insignificante en aquel vacío, que hace que parezca un cortijero en mitad del campo.

La composición arquitectónica de los edificios de esta plaza es deplorable: cada fachada está resuelta al modo de esquina, con un torreoncito, resultado de una previa perspec-

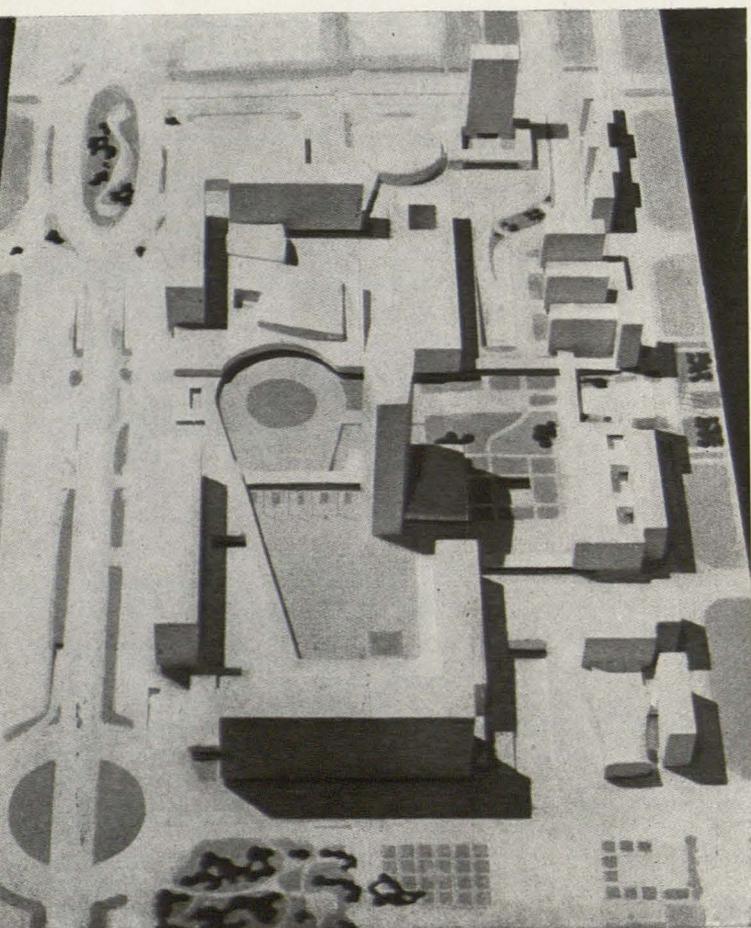
Dibujo de Steinberg de la plaza de San Marcos, de Venecia. (Del “Corazón de la Ciudad”. CIAM.)



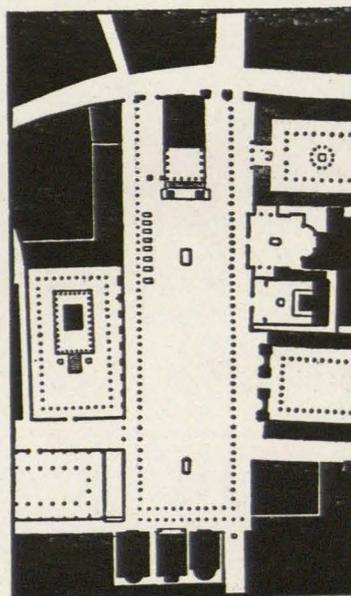
*En la página anterior: Diagrama de composición urbana orgánica, de Eliel Saarinen. Presunciones: El 50 por 100 de la ciudad concentrada está en decadencia. Se requieren 50 años para rehabilitarla—el número de años es sólo convencional—, y durante ese período el tamaño de la ciudad se habrá duplicado. Ese proceso de rehabilitación y crecimiento se divide en cinco períodos decenales, como indica el diagrama.*



*El Centro Comercial de la avenida del Generalísimo, proyecto del arquitecto Antonio Perpiñá, constituirá un auténtico núcleo de expansión urbana adaptado a nuestras posibilidades y nuestras necesidades. La superficie que ocupará este Centro está indicada sobre la Puerta del Sol, de Madrid.*



*Plano del foro de Pompeya.*



tiva con la que el arquitecto engañó la vanidad del propietario.

Otro ejemplo: La Plaza Mayor de Salamanca. Es una plaza de hermosas dimensiones, enmarcada por una bella arquitectura. A principio de siglo se hizo allí un parque, y por el poco cuidado que se tuvo con él, aquello se convirtió en un bosque. La cosa resultó grotesca, y con buen criterio se talaron todos los árboles. Ahora el Ayuntamiento ha querido hacer algo, y tras enlosarla con toda rigidez ingrata, ha abierto un concurso para poner un monumento en el "centro geométrico", idea peregrina esta de poner un monumento en lo que ya es monumento, que es la propia plaza. Entre tanta monumentalidad, ¿qué va a quedar para los salmantinos?

Vamos a teorizar un poco acerca de estas plazas, o lo que sean (antes fueron plazas ahora aún no tienen nombre).

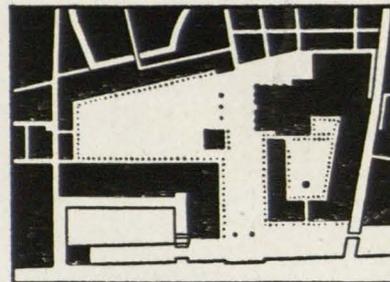
1.º *Lugar.*—Este es definitivo. Se puede prever, y equivocarse, y quedar vacía; siempre será por error de colocación o ambientación; o se puede crear allí donde ya la vida lo esté improvisando.

2.º *Su tamaño.* Este es cuestión de equilibrio, y no es una regla de tres: a doble número de habitantes, doble superficie. Es una medida exacta y difícil; la solución es que sea "elástica", lo contrario de las clásicas plazas, como la Mayor de cualquier sitio, rectangular y rígida. La primera que vi claramente elástica es la de San Marcos, de Venecia, que viene a ser tres plazas enlazadas.

3.º *Forma espacial.*—Debido a esta elasticidad, quedan fuera de lugar las tradicionales, cerradas y simétricas, por otra parte ilógicas, al no ser nunca simétricas las orientaciones. Una tercera parte del enlosado de hoy de la plaza de Salamanca, el del Norte, es impracticable en el invierno, porque se mantiene helado y no hay quien pueda andar por encima sin temor a matarse. También resultan inadecuadas las actuales ordenanzas de altura rígida en todos los edificios, sean cuales fueren, que la rodeen y compongan. Dicen las ordenanzas: plaza de tantos metros, tantas alturas. ¿Por qué? Y además dicen: y si una casa hace esquina a otra calle muy ancha, en esa esquina se aumentan las plantas. Son ordenanzas rígidas y simples, muy perjudiciales para hacer un conjunto armónico.

4.º *Ambiente.*—En éste es fundamental apartar el tráfico. Un sitio de estar no puede ser estrepitosamente dinámico. ¡Cómo sobran los autobuses en el Zocodover de Toledo!

Hoy el ciudadano se parece al nómade tipo *cow-boy* o al gaucho argentino, que va a lomos de su auto o moto, e igual que aquél deja su montura atada a la puerta del Saloom o de la tienda, éste ha de dejar el móvil motorizado antes de entrar en este actual "estar" urbano, donde habrá sitio para estar, tomar aperitivos en pie, sentados y dejando ir a los que vayan de un sitio a otro, todo esto abrigados del viento y protegidos de la inclemencia y buscando la Naturaleza: sol, cie-



Plano de la plaza de San Marcos, Venecia.

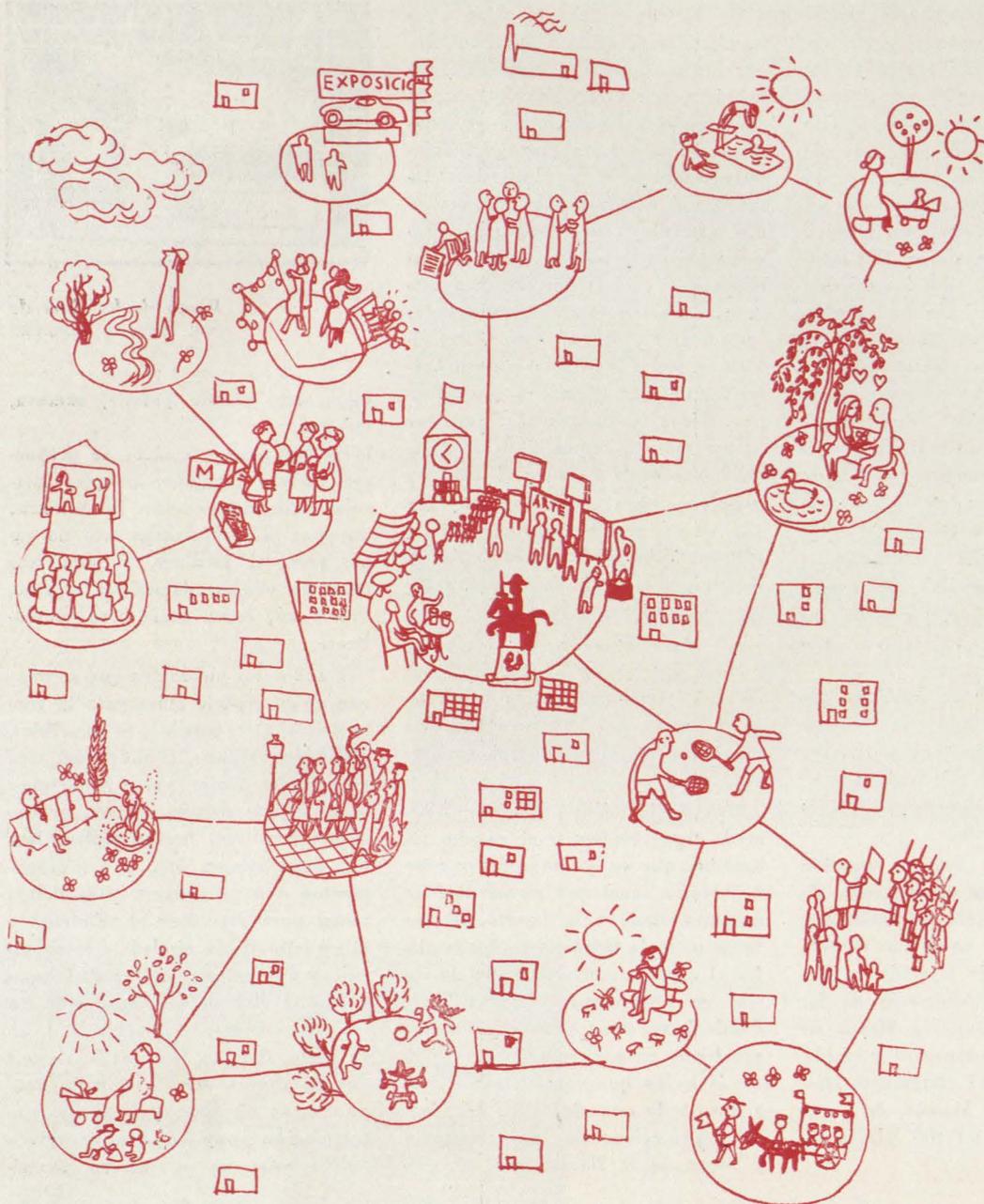
lo, a ser posible paisaje, sombra, etcétera.

En los nuevos centros se proyectan incluso pequeños parques laterales para aislamientos. En nuestras antiguas plazas cerradas esto no cabe, pero sí jardines, y para que éstos no ocupen demasiado espacio, deben ser, como decía Sota, simbólicos.

Y todos los elementos que se pongan en el espacio libre para la gente deben, a ser posible, ser móviles, macetones, bancos, iluminación, etc., para poder variar sus orientaciones o situaciones debido a distintas funciones públicas, fiestas, teatro, bailes, exposiciones, etc., y los monumentos que se pongan—y se deben poner para dignificar el ambiente y el espíritu de la ciudad—, como esculturas, fuentes (cada ciudad española que vive de un río, ¿cómo no tener una fuente, homenaje a él, en su plaza, siempre tan seca?), recuerdos de glorias, etc., se situarán donde menos estorben y para su contemplación muy cercana, y nunca deben estar en el "centro geomé-



La Plaza Mayor de Salamanca. Es una hermosa plaza que nos legaron nuestros mayores y que ahora nosotros, los menores, no sabemos bien qué hacer con ella.



*Constelación de espacios en la ciudad.*

trico”, como pedía el reciente concurso de la plaza de Salamanca, porque llegan a convertir en un salón la plaza, como ya le ocurrió a la de Madrid.

Es como ese patio andaluz que en verano era la habitación más agradable hasta que lo quisieron embellecer, y fué tanto, que no se cabía entre la fuente central y los macizos de las cuatro esquinas.

La Plaza Mayor de Madrid sirvió para esas fiestas en la ciudad durante siglos hasta que la “monumentalizaron” con su estatua, preciosa por cierto, justo en el centro, y sus fuentes; ya no se puede celebrar nada.

He aquí otros ejemplos de Italia,

con los monumentos estupendamente situados y el centro despejado: Florencia, Verona, Milán, Venecia, Bolonia...

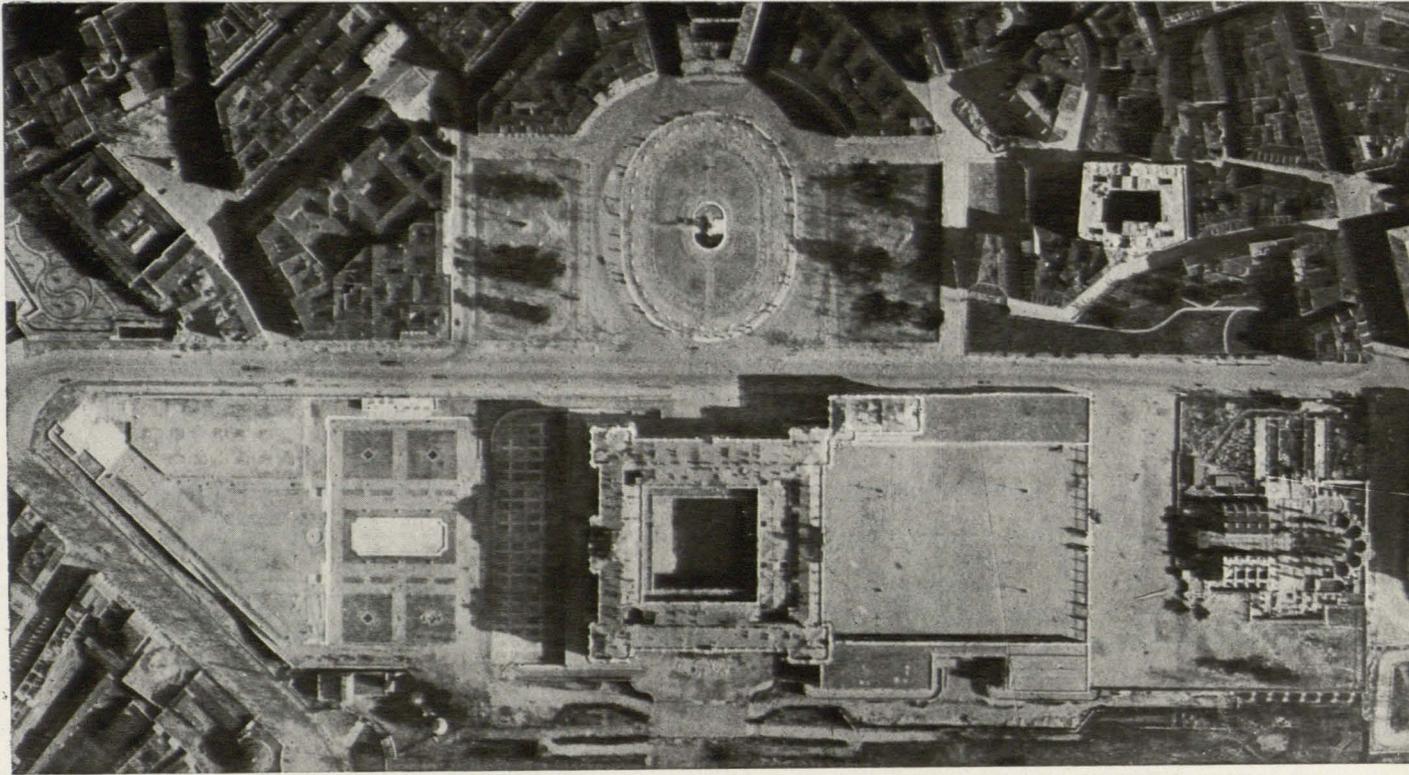
5.º Desde luego, ennoblecer al máximo el ambiente, y con arte de verdad. Allí debe estar la Exposición de Arte Decorativo. ¿Qué lugar mejor para introducir al público en el misterio y disciplina del mundo del arte actual?

Pero no nos olvidemos, cosa tan frecuente, de las tiendas atractivas y bares, tabernas, etc., que su ausencia causa la desanimación al ver la plaza sola, lugar entre oficinas, Bancos y edificios muy serios.

Si tenemos plazas antiguas real-

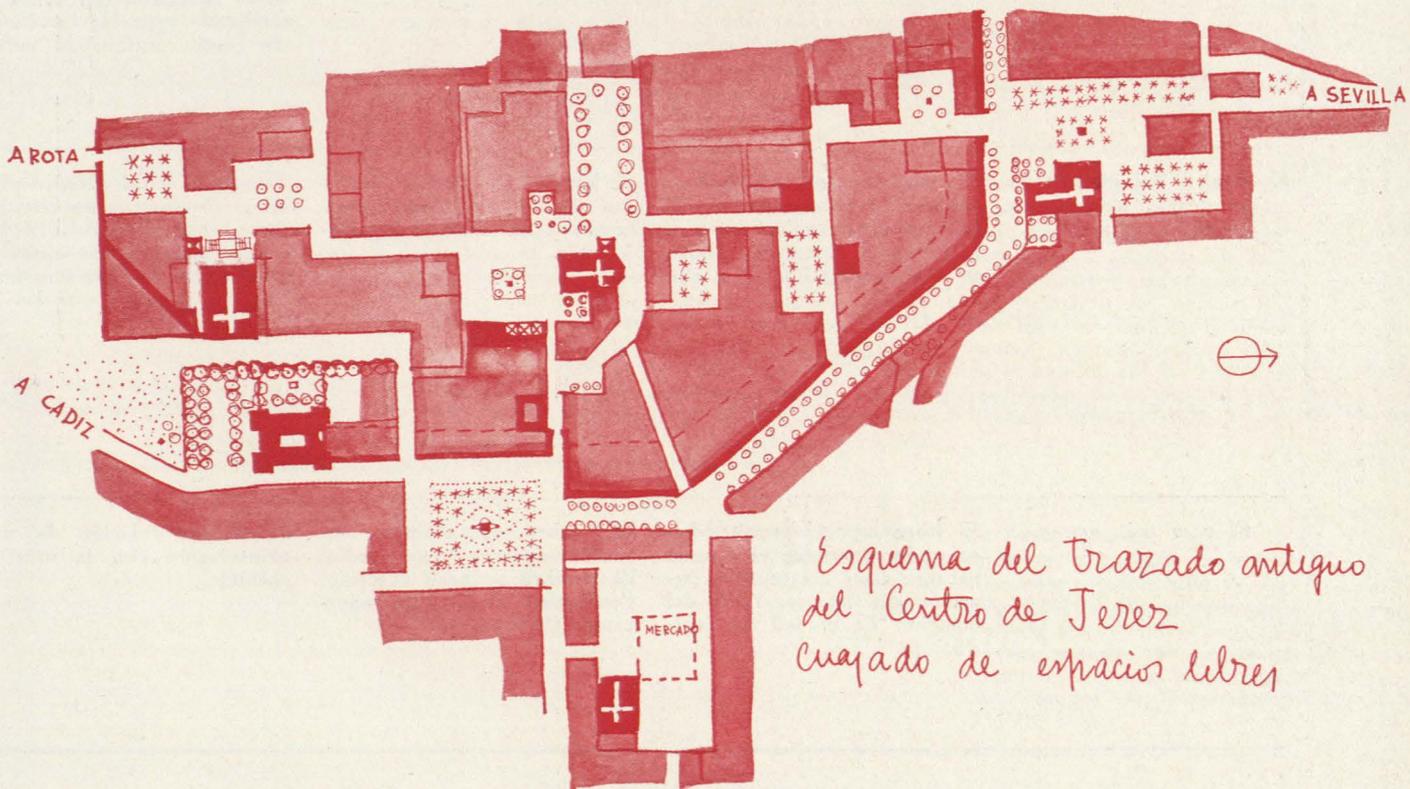
mente hermosas, hay que procurar darles vida para que la gente acuda allí y aquello sea un auténtico corazón de la ciudad, salvándolas al tiempo de este delicioso, pero implacable tirano que es el automóvil en la vida del hombre moderno y la aspiración a la monumentalización del espacio.

En la ciudad hay que crear una constelación de espacios, desde las viviendas, barrios y centro, para que en ellos los habitantes de la ciudad se encariñen con su vida urbana y gusten de ella, procurando recrear el sentido cívico y de felicidad del ciudadano, que hoy se está perdiendo.



*Distribución de espacios libres, de gran aparato, alrededor de una arquitectura importante para proporcionarle la debida apoteosis.*

*La parte antigua de Jerez de la Frontera. Con un encanto enorme, debido principalmente a esta disposición tangencial de plazas que van surgiendo a la vista del viandante para su gozo y reposo.*



*Esquema del trazado antiguo del Centro de Jerez Cuajado de espacios libres*

Ensayo de una representación de las relaciones entre el "espacio natural" (o sea: el espacio cósmico en la forma en que aparece en nuestra tierra) y el "libre espacio arquitectónico" con sus principios de ordenación. El signo  $\longleftrightarrow$  separa ideas contrarias de configuración.

	1	2	3
	Relación entre el espacio y el libre espacio arquitectónico.	El hombre y la forma arquitectónica del espacio.	Relación entre el libre espacio arquitectónico y sus construcciones.
A Dentro del alcance de la antigüedad.	El espacio no se incluye en el libre espacio arquitectónico.	El hombre, estrechamente enlazado con el reino mitológico, como personalidad frente al espacio arquitectónico.	Las "superficies delanteras" de las obras de construcción son, a la vez, las "superficies de vista" del espacio arquitectónico.
B Dentro del alcance de la configuración de la Edad Media.	El espacio, como lo situado "enfrente", queda latente, "pasivo" y sin relación con el libre espacio arquitectónico, pero con un efecto espiritual.	El hombre y la forma arquitectónica del espacio constituyen un solo conjunto.	Las obras producen tensiones en el espacio delante de su corporeidad, como si éstas fuesen causadas por solidificación. Las obras envuelven el espacio, tranquilizando o abriendo, y transmiten las tensiones.
C Dentro del alcance del Renacimiento.	El espacio es eliminado (expulsado) del libre espacio arquitectónico.	El hombre figura como sujeto y la visión del espacio arquitectónico como objeto.	El espacio arquitectónico se convierte en una finalidad absoluta, en un cuerpo hueco o en un recipiente para las obras de construcción como limitación del espacio. En lugar de tensiones en el espacio (B <sub>2</sub> ), hay plenitud de espacio dentro del libre espacio arquitectónico. (Véase B <sub>2</sub> : Concepciones contrarias.)
D Dentro del alcance del Barroco.	Eliminación del espacio o sólo su leve inclusión en perspectiva ( <i>point de vue</i> y puntos de vista paisajistas en configuraciones de jardines).	Concepciones contrarias: El hombre figura como sujeto y la visión del espacio como objeto: $\longleftrightarrow$ Hombre y espacio arquitectónico forman una unidad.	Concepciones contrarias: El espacio arquitectónico como finalidad absoluta y las obras como limitación del espacio (C <sub>2</sub> ). $\longleftrightarrow$ El libre espacio arquitectónico aislado se considera como un eslabón parcial de una serie continua de espacios. Concepción contraria: Las obras se consideran como limitando o añadiendo espacio; $\longleftrightarrow$ se consideran como continuando más allá.
E Dentro del alcance de la construcción de nuestro tiempo.	El espacio como entidad es reconocido como existente. El libre espacio arquitectónico es incluido en el espacio "fluyente". "Humanización de la ciudad."	El hombre es considerado como sujeto y la forma arquitectónica del espacio es subjetivada.	El espacio arquitectónico pierde su finalidad absoluta como limitación (C <sub>2</sub> ) o como envoltura (B <sub>2</sub> ). El libre espacio arquitectónico y las obras de construcción están en relación íntima con el "espacio natural" que las rodea.
El caso más extremo:	El libre espacio arquitectónico se incorpora en el espacio natural. Caos del espacio. Negación del espacio. Vacío del espacio. "La ciudad sin espacio."	El hombre completamente autónomo aparece como medio. El hombre se hace absoluto. Predomina el espíritu anorgánico (Sedlmayr).	Falta toda relación de una obra de construcción con la otra. Aislamiento absoluto.

"El todo es más que la suma de sus partes."  
ARISTÓTELES.

4	5	6	7
La manera de ver el libre espacio arquitectónico.	Las posibilidades de representar los libres espacios arquitectónicos.	Ejemplos característicos del libre espacio arquitectónico y de sus obras de construcción.	Principios de ordenación.
Se ve el espacio desde un punto de vista situado en la entrada de un libre espacio arquitectónico (pro-pileo).	No hay posibilidad alguna de representarlos en perspectiva.	Recintos sagrados (por ej., las acrópolis y los teatros antiguos).	Principio de una libre composición rítmica.
Viendo series de espacios rítmicos y referidos a "nosotros".	Puede representarse en perspectiva sólo limitadamente; el espacio no se puede representar como cuerpo hueco. La representación isométrica es limitada. Puede representarse en la película moderna (película en relieve).	La continuidad del espacio en las ciudades medievales, series de bóvedas. Bóvedas celulares en el tardío estilo gótico para disolver el límite horizontal del interior. (Asimétrico, dinámico, con punto de gravedad, "excéntrico".)	Principio de una ordenación rítmica-métrica.
Se ve desde puntos de vista, referidos al "yo", dentro de un libre espacio arquitectónico central y configurado como idea.	Representación en perspectiva desde un punto de vista. Perspectiva central.	Ciudades "centrales" (ciudades ideales). Libres espacios centrales e interiores centrales (en el teatro: escenario a base de cámara oscura). El monumento es una "escultura central", ideal. La cúpula central. (Todo es simétrico, estático, axil, "céntrico".)	Principio de ordenación métrica. Concepción del mundo: "Haptisch" (Teoría de la configuración de Friedmann).
Se ve desde puntos de vista de una perspectiva referida al "yo".	Representación isométrica o su perspectiva.	Adición de libres espacios arquitectónicos e interiores. Concepciones contrarias: iglesia de San Nicolás en Praga $\longleftrightarrow$ iglesia de San Carlos en Viena. Penetración del espacio en los planos horizontales de los interiores (por ejemplo, ermita de los Catorce Santos, así como las cajas de escalera en Würzburg). $\longleftrightarrow$ La idea de un espacio central (C <sub>2</sub> ). Catedral de San Pedro en Roma: proyectos iniciales como interpretación simbólica de emolumentos espirituales y eclesiásticos.	Polos contrarios: Principio de ordenación parcialmente métrica-rítmica (B <sub>7</sub> ). $\longleftrightarrow$ Principio de ordenación métrica. Concepción del mundo predominantemente "óptica".
Ni se ve desde "puntos" de vista (C <sub>2</sub> ) ni tampoco rítmicamente (B <sub>2</sub> ); en cambio, se comprende la ordenación total mediante una visión espiritual en el espacio.	La representación en perspectiva es sólo parcialmente posible a vista de pájaro y es concebible desde un avión en movimiento.	Concepciones contrarias: Los rascacielos de Grindelberg (Hamburgo) $\longleftrightarrow$ Las agrupaciones de rascacielos en Suiza y en Suecia: configuración rítmica. Una composición rítmica de construcciones a base del contrapunto. Configuración asimétrica (ejemplo temprano: la estación de ferrocarriles de Stuttgart de P. Bonatz en 1914). Concepción plástica de los cuerpos aislados de la construcción (por ejemplo, Zurich-Seebach, la iglesia de San Marcos en 1949). (Asimétrico, dinámico, "orgánico".)	Nuevo principio de ordenación libremente rítmica junto con dos antiguos polos contrarios: configuración en forma de tacto y en el sentido del principio de ordenación métrica (C <sub>7</sub> ) y del de la ordenación rítmica-métrica (B <sub>7</sub> ) en el sentido de las ciudades medievales. Concepto del "urbanismo diferenciado".
—	—	Los proyectos de los rascacielos de Le Corbusier (plano de Voisin cerca de París), con una configuración en forma de tacto.	Las concepciones "ópticas" y "hápticas" (considerando aquellas como modificación de éstas, según Haldane) son superadas por un nuevo concepto del mundo que se llama "armonía". (Véase Hans Kayser, <i>Manual de la armonía</i> , Zurich, 1950.)

(Del libro *Raumprobleme im Europäischen Städtebau*, Wolfgang Rauda.)



En los periódicos de estos días aparecen noticias como ésta.



## Intervenciones

LUIS MOYA. Soy pesimista en este tema que ha planteado con tanta amenidad como acierto Picardo. Las plazas no tienen razón de ser actualmente. En Grecia, en Roma, en la Italia del Renacimiento, en las ciudades antiguas españolas, organizadas con pequeño número de habitantes, podía haber plazas. Pero en estas tremendas y absurdas ciudades de nuestros tiempos es inútil hacer plazas, porque no hay sentido ciudadano y, por consiguiente, a nadie interesa reunirse, porque nadie tiene ahora problemas comunes.

La verdadera plaza, a la que se refiere Picardo, es el salón de reunión de la ciudad. Ahora lo único que se puede hacer es un espacio vacío amplio para dedicarlo a nudo de circulación, estacionamiento, jue-

go de niños o reposo de ancianos; todo lo cual no tiene ninguna relación con el salón de la casa, sino con el pasillo, la nursery, el cuarto del abuelo, etc. Claro que para la sociedad actual tampoco vale el salón a la antigua, en que se reunía toda la "familia" y se acomodaban en sitios dispuestos según la jerarquía de las personas que la formaban, entre ellos los criados, justamente llamados así por "criados en la casa". Así como ahora no es posible que un salón funcione en estas condiciones, tampoco puede hacerlo una plaza, y tan anacrónico como sería proyectar aquél con su estrado, escaños, almohadas, etc., es proyectar una plaza que se parezca a las antiguas, que son sitios de re-

unión para todas las clases sociales, ordenadas jerárquicamente y unidas por el amor al prójimo. Prójimo significa próximo, y nadie es próximo en una de las grandes ciudades modernas.

Grandes autores se han ocupado de averiguar el tamaño ideal máximo de una ciudad. Ejemplos antiguos y modernos, entre éstos las ciudades alemanas con Universidad y las que fueron capitales de antiguos principados hasta la guerra del 14, llevaron a establecer límites máximos de 50.000 a 100.000 habitantes. Unamuno pensaba que el tamaño debía ser tal que permitiese llegar desde el centro a los campos (los verdaderos, los destinados a la agricultura, en un paseo de diez minutos.

as en  
"spa-

brí-  
un-  
al,  
la-  
de

er

ia

seo  
a-  
eo

CON los asesoramientos técnicos pertinentes, se aprobó, en marzo de 1955, la construcción de una nueva plaza pública en Madrid. Sin que medie ese tipo de dictamen, parece que se cambia ahora de idea, y al proyecto se le sustituye por el de hacer un garaje, que se destinaría a albergar autobuses municipales. La plaza proyectada había de estar en los terrenos de la que fué de toros, en Tetuán de las Victorias. Desconocemos las razones para el cambio de propósito. No es cosa nueva, ni mucho menos sorprendente, en los ámbitos edilicios el tejer y destejer. Pero cuando se trata de cosas que pueden ser fundamentales, de gran interés para la ciudad, convendría establecer una mayor continuidad de criterio. Y, sobre todo, la objetiva comprensión de lo que es más conveniente.

Diríase que hay una especie de agorafobia. Había proyectos —presentados o avalados por los urbanistas madrileños— para crear 12 plazas en distintos lugares de la capital. Ninguna se ha hecho. De todas se desistió por unas u otras causas. Ahora, si las noticias circuladas se confirman, está a punto de quedar anulada la plaza de Tetuán. El proyecto de construir un depósito o cocherón para los vehículos del transporte urbano no debiera significar nunca, en modo alguno, razón para abandonar la

ga  
par.  
para  
quilo  
lectu  
quier.  
ver  
prob

N  
llar.  
Y  
inc  
col  
cora  
unos  
500  
bonific  
nomía  
son le  
vidido  
Madri  
del  
su:  
to  
t

tc.  
cl.  
po  
expl  
entre  
triun  
de las  
expans  
salubr  
da en  
que  
tra  
tos  
sid  
re  
ei



### LA VISTA DE LA PLAZA MAYOR DE MADRID.

en la Propia forma q.<sup>a</sup> se a presentado en la Corrida de Corte de el 2.º de este Año 1803. N.º 1. la Panaderia. Sitio donde estan S.M., y A. 2. los Caballeros en Plaza. 3. los Alabarderos. 4. los Alapaziles. 5. Portal de Paños

La pérdida del límite, que implicaba una forma que hoy no existe, y la pérdida de la jerarquía, sumergida en el igualitarismo moderno, lleva consigo la desaparición del prójimo, del vecino y del sentido de convivencia. Ahora no se vive de verdad en la ciudad; se habita solamente y se soporta a los demás habitantes. Es lo más parecido a la soledad del yermo.

Si en algún sitio se puede hoy ver la vida de una plaza es en alguna ciudad pequeña o en la capital de una nación de pocos habitantes: Avila, Berna, Estocolmo. Tanto en Avila como en Berna he visto los puestos del mercado en los días de feria, el paseo los festivos, las salidas de misa, la reunión de las gentes por las tardes después del trabajo, el trajín que provoca la presencia del Ayuntamiento en la pla-

za. Antes se celebraban las representaciones teatrales y las grandes fiestas públicas en las plazas, y en pocos sitios con tal profusión y esplendor como en el Madrid de los siglos XVI al XVIII, donde la vida como representación y como espectáculo alcanzó tales profundidades en la conciencia de las gentes, que se hace difícil distinguir en la historia de aquellos tiempos barrocos lo que era realidad y lo que era ficción. Pero ahora, si no es posible hacer una verdadera plaza, tampoco lo es hacer verdadero teatro, en el sentido que tuvo la antigüedad griega, y en España y en Inglaterra en los tiempos de Shakespeare y de Lope de Vega. Aunque esto es otro asunto que no puede tratarse ahora por su excesiva extensión.

De un modo artificial se han hecho algunas plazas en la actualidad.

Así se puede observar cómo en una ciudad colosal de ahora, Nueva York, el Rockefeller Center tiene organizada esta vida de relación de que habla Picardo, y es porque allí precisamente hay una comunidad artificial de intereses independientes de los neoyorquinos en general, de la que son partícipes unos pocos, y a ellos sí les agrada y conviene tener estas reuniones en este islote que es el Rockefeller Center dentro de Nueva York. Del mismo modo, los "Supermarkets" de ciudades menores o de barriadas de grandes han creado plazas. Merecen este nombre porque son asiento de una vida que excede de lo puramente comercial, aunque no alcance ni remotamente el nivel antiguo de que se habló antes. Los hombres, con tanto adelanto técnico, hemos perdido el sentido humano de la vida y fun-

cionamos de un modo muy semejante a las hormigas. En los hormigueros se ven caminitos por los que cada hormiga, obsesionada con su presa o su carga, corre indiferente a cualquier preocupación que no sea la de llevarla a su propio hormiguero. La ciudad actual, hecha por las masas, no para las personas, necesita sitios donde trabajar, diver-

tirse, comer y dormir, unidos por caminos donde se camine lo más de prisa posible. El resto sobra, y de este resto forman parte las plazas, sedes de la vida de relación, de la conversación y del ocio digno.

Soy pesimista, como he dicho antes, en muchos aspectos de nuestra época, y creo que el problema es mucho más hondo; esto que plan-

tea Picardo con las plazas y que podía plantearse en otros muchos aspectos, requiere un cambio total en el concepto de la vida, en la extensión de sus valores. En tanto que los económicos usurpan la vida que corresponde por naturaleza a los humanos y religiosos, el arquitecto que trate los temas más nobles de la profesión se encontrará haciendo jaulas vacías.

Rockefeller Plaza.  
Nueva York. (De  
"Corazón de la  
Ciudad". CIAM.)





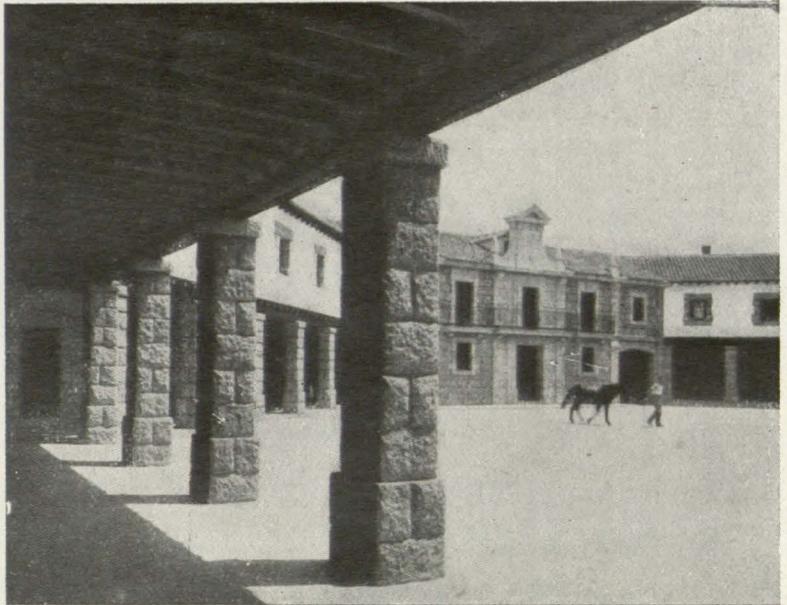
Arriba, la plaza de Sepúlveda (Segovia). Abajo, "rinconcito" del barrio de Santa Cruz, en Sevilla. En los dos recintos se ve cómo las gentes gustan en ellos de hablar de sus cosas; pero en el célebre barrio sevillano se ha puesto demasiada "gracia" andaluza. Realmente, sin ninguna necesidad y, desde luego, sin ninguna gracia.



CARLOS FLORES, alumno de Arquitectura. Dice don Luis Moya que las plazas no tienen razón de ser, puesto que se ha perdido el sentido de comunidad. Cabría pensar—sin considerar ahora hasta qué punto sea cierto esto de que el hombre de hoy no se ve como miembro de una comunidad—si a ésta situación no se habrá llegado por una falta de interés del urbanista—o, en último término, del responsable de que los proyectos de éste no se realicen—por proporcionar en cada ocasión a los individuos de una agrupación urbana lugares a propósito para desarrollar en ellos su espíritu de relación. O sea: ¿No hay plazas o no son útiles las que existen porque el hombre se siente desasido del resto de los hombres, aislado, solo, ferozmente independiente y encerrado en sí mismo, o este sentimiento ha surgido en el alma humana un poco al amparo de esta falta de espacios en los que la vida de relación se produce de una manera natural, espontánea, grata y apetecible?

Por otra parte, y suponiendo al hombre apartado por completo del hombre, poseído por un pleno y total individualismo, no parece que la posición más honda ante esta circunstancia sea la de abandonarle a su aire, perdido en su propia soledad, sino la de procurar que pueda

*Plaza de un pueblo español de reciente construcción. Sin los elementos de natural atracción que las gentes necesitan para que sea un elemento vital del pueblo.*



*Las plazas que los conquistadores españoles crearon en las nuevas ciudades de América del Sur.*

*volver a él este sentido de la fraternidad y de lo común y ayudarle precisamente creando unos espacios que aquí estamos llamando plazas, sin que esto presuponga que hayan de venir dados por un molde rígido e invariable, tal vez hoy sin interés, sino dando este significado a lugares en los que cada uno se encuentre a gusto y pueda considerarse unido a aquellos con quienes se comparten un tiempo y un espacio en una empresa común.*

MANUEL BARBERO. *No comparto en absoluto esta tremenda posición pesimista de Luis Moya. Por el contrario, veo que nuestra época puede dar vida y gustar de las plazas urbanas lo mismo que lo hicieron las de otras épocas. Pero lo que hay que hacer es precisamente saberles dar esta vida.*

*Voy a poner un ejemplo: el pueblo de Guadarrama tiene una plaza hecha por un organismo del Estado. A mi juicio, está muy bien,*





*La calle de Serrano en Madrid, nuevo centro cívico de la gente joven de la ciudad.*

apropiada en materiales, arquitectura, dimensiones, etc., a aquel lugar. Pero no tiene vida, porque, como la ha hecho el Estado, estima que allí no deben ir más que elementos oficiales: Ayuntamiento, Juzgado, Casa de Correos, y no existe la atracción que el pueblo necesita: unos bares, unas tiendas, un cine, etc.

Y así ocurre que la gente se aglomera en una encrucijada contigua a la plaza, mal dispuesta urbanísticamente para ello; pero, sin embargo, reuniendo esas cualidades humanas de que antes he hablado.

El ejemplo de la calle de Serrano, en Madrid, constituye a todas luces un corazón de barrio que tiene una vida enorme y para el que existen todos los necesarios elementos de reunión. Tiene la animación que el comercio, los bares, etc., proporciona, y si la gente lo acepta como lugar de reunión es porque no tiene otro. No se va a ir a pasear o a reunirse a la plaza de Salamanca, que, aparte de ser una encrucijada de tráfico, es un sitio perfectamente aburrido.

A mí me recuerdan los centros oficiales que se hacen ahora a los salones de la casa de principio de siglo, envueltos los muebles en fundas, cerradas las maderas; en fin,

sin vida alguna, destinados sólo a recibir visitas solemnes y aburridas.

Y como está más divertido el pasillo, aunque ya comprenden todos que no es adecuado, allí se van.

Una cosa importante a considerar es el tamaño de esas plazas, porque no se trata en modo alguno de hacer ampliaciones fotográficas en la escala que corresponde al mayor número de habitantes. Es evidente que si el Madrid del siglo XVI tenía resuelta su necesidad de una plaza con la Plaza Mayor, el de nuestros días no queda satisfecho con una Plaza Mayor diez veces más grande, sino con diez plazas distribuidas, como ha dicho Picardo, en constelación de espacios. Y posible, y seguramente, una única plaza para importantes reuniones.

**MIGUEL FISAC.** La función crea el órgano y la falta de función lo atrofia.

Si las plazas desaparecen, como desaparecen los cafés, es porque no tienen razón de existir en la vida de la ciudad actual, tal como hoy está planteada o, más propiamente, no tienen la suficiente fuerza para subsistir resistiendo a una nueva manera de vivir que las arrolla.

La ciudad actual es un montón

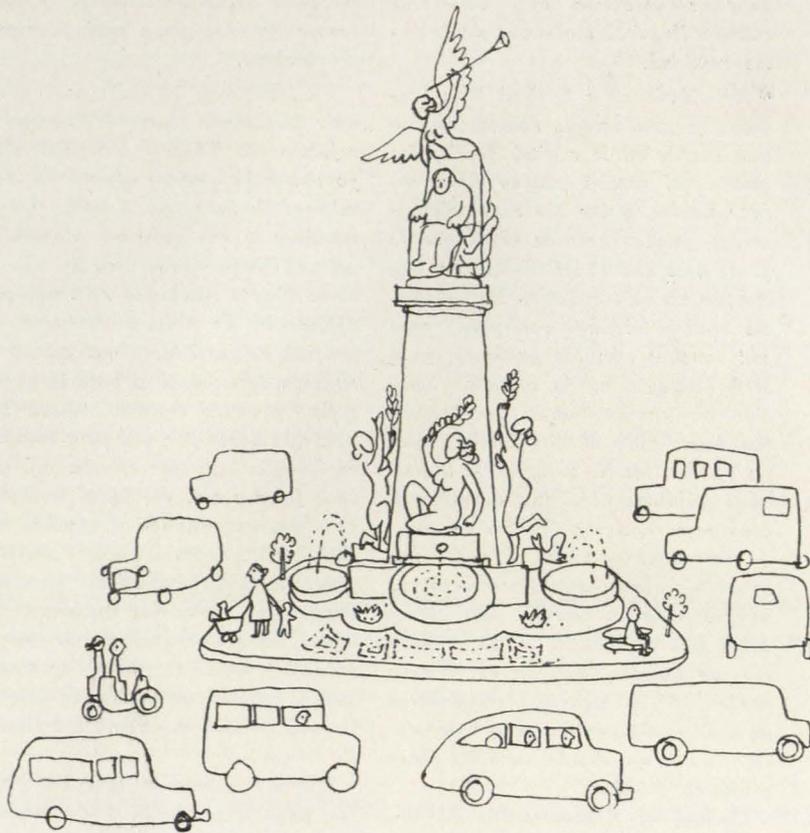
acéfalo de egoístas que viven su vida independiente. Que sufren solos y que se divierten solos. ¿Dónde, ni para qué, han de existir, ni servir, los lugares de convivencia?

Hasta las grandes concentraciones masivas de gentes por motivos políticos, deportivos, etc., son simples coincidencias de muchos individuos solos, sin carácter de reuniones con sentido de sociabilidad.

Es utópico pensar en una sociedad con plazas en donde se realicen verdaderas convivencias, como es utópico pensar en una ciudad sana y alegre si antes no existe un grupo de hombres que han sabido jerarquizar los valores de la vida, con un profundo sentido cristiano y humano y han tenido la gracia de saberlo imponer a los demás.

**JENARO CRISTOS.** No puede haber plazas en una ciudad grande por la misma razón que no hay nadie que tenga doscientos amigos íntimos. En Madrid convivimos muchas gentes, pero no hacemos más que eso, convivir; pero no somos verdaderos vecinos de la ciudad.

Por el contrario, la vida en las provincias es deliciosa, y allí todos toman interés en la ciudad, y por ello, como una de tantas manifesta-



Estas son las plazas que quedan ahora en nuestras ciudades. Las gentes que quieren reposo quedan envueltas, al pie del monumento, por el tráfico automovilístico. Es curioso observar también la norma que suele imperar en la composición de estos monumentos a nuestros ilustres antepasados. Como es natural, personajes distinguidos por sus austeras virtudes cívicas, a los que, a pesar de ello, y quizá por contraste, el escultor gusta de acompañarlos de musas ligerísimas de ropa, que revolotean a su alrededor en un conjunto totalmente inadecuado al motivo del homenaje.

ciones cívicas, surgen y tienen vida las plazas.

Aquí, en Madrid, no hay nada que hacer en este aspecto.

**MANUEL BARBERO.** No estoy en absoluto de acuerdo con estos pesimismos; ahora hay necesidad de la vida de relación, y si creemos mirar un poco sin prejuicios las cosas, veremos que ésta no ha desaparecido. Habrá tomado posiblemente otras modalidades para las que los moldes antiguos ya no serán útiles; lo que quiere decirse es que hay que saber dar solución a este nuevo problema, que, ciertamente, sería más cómodo resolverlo copiando lo hecho antes. También es bastante cómodo ser pesimista y decir que no hay nada que hacer. Ninguna de estas soluciones me gusta nada.

Insisto mucho en el paseo de la calle de Serrano, que es tan deliciosamente provinciano como cualquiera de los que echa de menos Jenaro Cristos.

**JAIME FERRATER.** Yo creo que parte del problema que ha expuesto Picardo del funcionamiento de las plazas es debido a falta de adecuación dentro del conjunto, con fre-

cuencia por haber cambiado de uso el sector. Madrid es una ciudad especialmente difícil de planear; el plan más profético debe mantenerse en estado constante de revisión, puesto que, como capital que es, está sometida a influencias extrañas al desarrollo normal de una población.

Sin embargo, la versión moderna de una plaza, que es el proyectado centro comercial de la Castellana el día que se realice, creo que funcionará perfectamente y dará la medida sociable y cívica del madrileño que aquí ponéis en duda.

**FRANCISCO SAENZ OIZA.** Mi opinión personal sobre el caso de Madrid de que habla Ferrater es que la ciudad, por razones de uno y otro tipo, burocracia, industria, etcétera, no crece naturalmente, sino en forma artificial e inorgánica. Su acción absorbente, que más bien debería llamarse acción disociadora, no sólo atenta al verdadero planteamiento regional, sino que, volviendo sobre sí, impide su propio crecimiento. En tales circunstancias, la "plaza", expresión máxima de vida ciudadana, no tiene sentido ni cabida dentro de la ciudad. Porque

Madrid, amigos, no crece...: se deforma.

**ANTONIO VALLEJO.** No concibo un pueblo sin PLAZA. Pero yo no soy urbanista, y mi opinión respecto a si los actuales deben tenerlas o no tenerlas no tendrá más valor que ser la opinión sincera de un arquitecto sin especialidad, o si queréis, con más propiedad, la de un hombre que, a falta de conocimiento especializado del tema, observa y procura emplear su "sentido común".

No concibo, repito, un pueblo sin PLAZA, sea grande o pequeño, sea de ayer o de hoy; entiendo por PLAZA el espacio o espacios libres existentes dentro de una aglomeración urbana que son de uso público y con función que no sea fundamentalmente la del tráfico, o tránsito o tráfico, que ya no sé cómo se dice esto que quiero decir.

Esas "plazas" destinadas a la circulación (y tan frecuentes por no ir más lejos en nuestro Madrid) no son a las que hoy nos queremos referir.

Que las otras PLAZAS, es decir, las verdaderas plazas, han existido en todo tiempo, vosotros, todos, lo estáis reconociendo y todos las he-

mos vivido, aunque sea de los tiempos pasados, disfrutando en ellas muchas veces en nuestra niñez o en estos momentos de tranquilidad o descanso. Conformes, pues.

No comparto, en cambio, la opinión de Moya y de Fisac respecto a que esas PLAZAS no son propias ya de nuestro tiempo; estimo, por el contrario, que lo agradable y lo útil sería que en nuestros trazados actuales de ciudades o de barrios se prodigasen esas auténticas plazas.

No serán, no tienen por qué ser, como fueron las de la antigüedad, griegas o romanas, ni como fueron las de la Edad Media ni las del Renacimiento, ni siquiera como fueron las del siglo pasado; habrán de ser como mejor puedan cumplir su misión dentro de las nuevas aglomeraciones urbanas, de acuerdo siempre con la vida actual que en esas aglomeraciones hayan de hacer sus habitantes.

En cualquier nueva ciudad, en cualquier nuevo barrio—y, no obstante la citada, a mi entender, desgraciada “prisa” que nos domina—, hoy existen niños y existen viejos, y mujeres y hombres, que necesitan esos espacios para su vida de relación al aire libre, cuanto más cerca de su lugar de residencia mejor, y para ello son necesarias, hoy como ayer, las plazas públicas en los pueblos y más aún en las ciudades.

Estimo que si en nuestros trazados, y hablando con más propiedad en nuestras realizaciones de urbanización actual, faltan o se escatiman las PLAZAS, no es porque no sean elementos urbanísticos a manejar en nuestro tiempo y en nuestro ambiente—en las nuevas ciudades del extranjero que conozco esos espacios libres son abundantísimos y, muchas veces, felizmente trazados—, sino porque lo impide ese gran monstruo que está haciendo que nuestros trazados urbanos sean como son—densos, macizos, lóbregos...—, en vez de como deberían ser; ese gran monstruo para mí no es otro que la potente ESPECULACIÓN del suelo.

Es este mal, y no otro, entiendo yo, quien nos hace creer que las PLAZAS, con su sentido actual, no pueden hacerse, y vosotros, los urbanistas, sabéis que muchas veces las incluís en vuestros proyectos, y la enorme fuerza de la ESPECULACIÓN del suelo, disfrazada de mil formas, pero siempre la misma, las elimina de ellos antes de aprobarlos, y muchas veces aun después de

haberlos aprobado las escamotea cuando llega el momento de hacerlas realidad.

Refiriéndonos a Madrid para concretar y para hacerlo comentando lo que sucede en la capital de España, que es el menos pueblo de todos sus pueblos, quien sea capaz de observar, puede ver bien claro que la gente hace uso de las PLAZAS y que cuando no se las damos las inventa. En Madrid vivimos con prisa, pero son muchas aún las personas, y lo serán siempre en la variada condición de sus habitantes, que necesitan hacer vida al aire libre y que no pueden acudir a los grandes parques públicos ni a los espacios libres para reposo y deporte de clubs o sociedades privadas. PLAZA improvisada por nuestra clase media es hoy la calle de Serrano, que varias veces habréis citado, y no cumpliría esa función, que no es la suya propia, si en aquellos alrededores hubiese una auténtica plaza con sentido moderno donde aquella gente pudieran reunirse.

Cuando el Ayuntamiento de Madrid, por mano de Herrero Palacios, reformó nuestra clásica Puerta del Sol, se dijo por muchos que se había llegado a la solución que había que llegar, que era que dejase la Puerta del Sol de ser plaza para ser calle; pues bien: cualquiera que observa la vida en la Puerta del Sol podrá ver que, efectivamente, se llegó a la solución feliz de hacer que la circulación rodada fuese por auténticas calles; pero, al propio tiempo, al dejar anchas y libres sus ace-

ras, allí sigue persistiendo el ambiente de una plaza auténticamente provinciana.

Bien reciente es asimismo, y debida también a Herrero Palacios, la reforma del SALON DEL PRADO; yo recuerdo que en alguna de estas mismas Sesiones de Crítica, y refiriéndose a esa reforma, alguno de nuestros compañeros para los que no es admisible nada que no tenga una apariencia de rabiosa novedad, la calificó de cursi, cosa que estaba en su derecho exponer si para él lo merecía; pero la realidad es—no hay más que pasar por allí para comprobarlo—que aquella reforma fué una idea feliz y está dando el resultado previsto, permitiendo a muchos madrileños de todas las clases sociales, y en todas las épocas del año, disfrutar del agradable ambiente de aquel trozo de paseo convertido en auténtica PLAZA, isla de tranquilidad y reposo, en medio de una de las vías de mayor circulación rodada de la capital.

Podemos observar también cómo las pequeñas PLAZAS de nuestro viejo Madrid se siguen usando hoy como ayer, no obstante la prisa que nos domina. Ahí están, por citar algunas, la plaza de Santa Ana, la de París, la de Oriente y, más recientemente, pero también en el Madrid viejo, la plaza de España y la del Campillo de Mundo Nuevo y la de las Vistillas. Todas o casi todas ellas en el Madrid viejo, porque en el Madrid ya más moderno, el de calles en cuadrícula, sus urbanistas se olvidaron, o no pudieron conseguir,



Plaza de barrio en Pontevedra.

que se hiciesen PLAZAS y por eso en esos barrios no se usan y hacen sus veces los paseos donde los hay como los de Rosales, Recoletos o la vieja Castellana, o calles de buena orientación y anchas aceras, como la de Martínez Campos, la de Eduardo Dato, etc., y la tan citada de Serrano.

Por el gran poder negativo de la especulación del suelo es por lo que, a mi entender, no hacemos plazas desde que ese poder impera, y no porque las plazas no sean elemento urbanístico de nuestro tiempo ni tampoco porque nuestros contemporáneos no las deseen y tengan ocasión de disfrutarlas.

Es por esa misma, y no por otra, razón, entiendo, por lo que nuestros más importantes barrios—ahí tenemos el de la avenida del Generalísimo en su fase de iniciación como buen ejemplo—van resultando sin quererlo angostos, en tanto que, simultáneamente, se construyen en otros países donde la especulación del suelo no es tolerada nuevos barrios o ciudades a base de edificaciones aisladas rodeadas de jardín, con campos de juego infantiles y zona de reposo para mayores, cons-

tituyendo todo el conjunto al modo de una GRAN PLAZA dentro de la cual se sitúan repartidos y aislados los edificios.

Suponiendo que sea cierto todo o gran parte de lo que yo estoy exponiendo, me preguntaréis qué es lo que podemos hacer nosotros, los arquitectos, para remediar ese mal. Yo sé que nuestra fuerza es poca para impedirlo; pero, a falta de otra cosa mejor y para ver si hay alguien con suficiente poder y buena voluntad que nos escuche y atienda, yo os propongo que digamos, aquí y fuera de aquí, ahora y siempre que tengamos ocasión propicia: ¡Abajo la ESPECULACIÓN del suelo! ¡Vivan las PLAZAS!

LUIS PEREZ MINGUEZ. Estoy completamente de acuerdo con lo dicho por Vallejo referente a la incompatibilidad de las plazas y demás espacios libres necesarios a la ciudad y a la especulación del suelo.

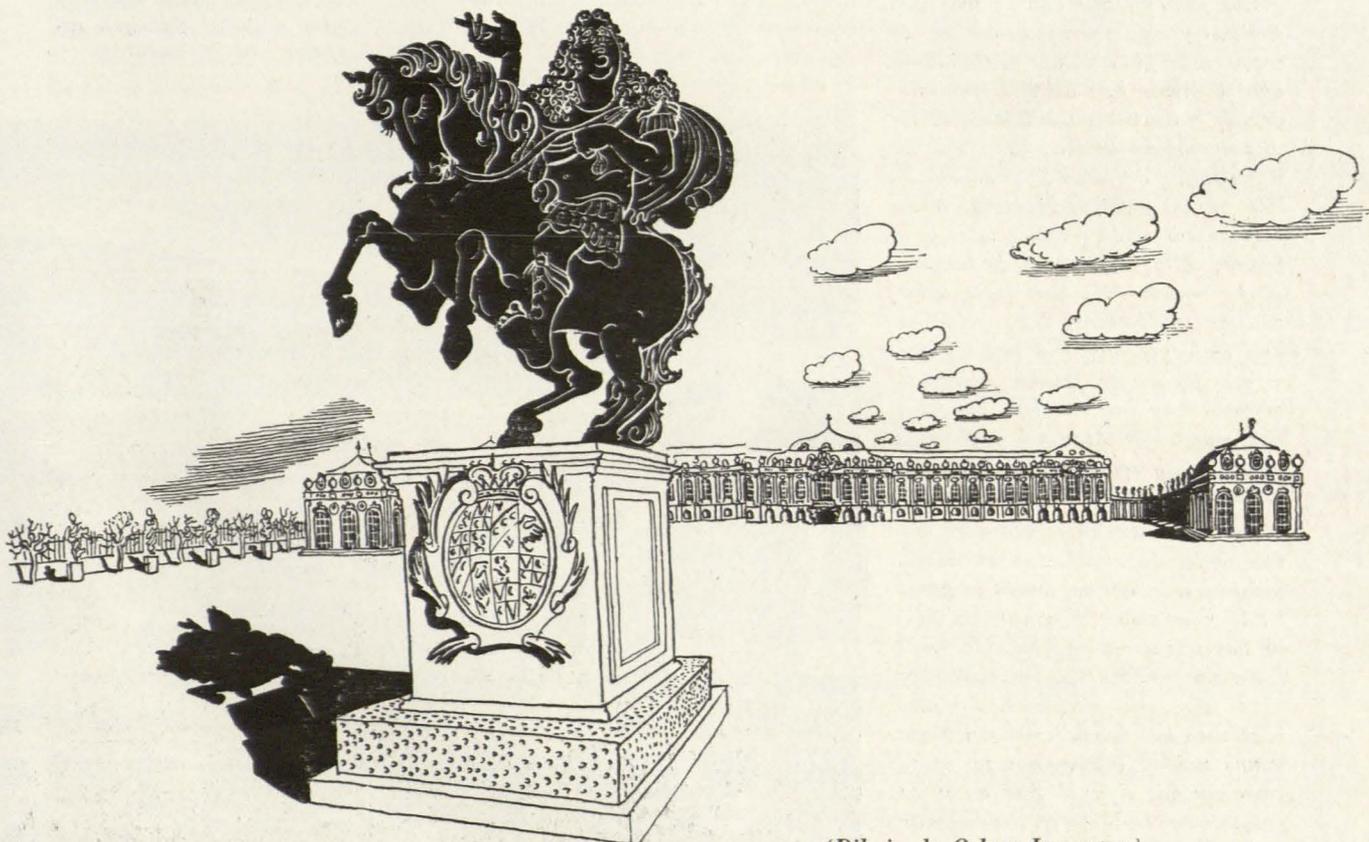
Las plazas son evidentemente un regalo que un gran señor o una comunidad hace a los demás. Yo me figuro que tanto las plazas de Jerez de que nos ha hablado Picardo como

tantas otras del Renacimiento italiano, eran un obsequio que unos auténticos señores de fino sentido y depurado gusto hacían a su ciudad.

¿Quiénes son ahora los señores de la ciudad?

En el mejor caso, los intereses económicos y financieros, y, por otro lado, los especuladores, y ni a unos ni a otros se les ocurre regalar nada sin tener asegurada una compensación remuneradora.

Cuando proyectamos plazas, jardines o cualquier otra forma de espacios libres fundamentales, ahora y siempre en toda ciudad organizada no podemos evitar una sensación de inseguridad y desconfianza en lo que dibujamos. Si se trata de proponer una torre o rascacielos en uno de esos llamados "puntos singulares", todos sabemos que se hará, y probablemente más alto de lo que habíamos pensado; pero tratándose de plazas suele ocurrir lo contrario, que se van reduciendo poco a poco en número y tamaño hasta desaparecer prácticamente. Y es que, en realidad, no hay tema más impopular en los ambientes municipales que el de los espacios libres, pla-



(Dibujo de Osbert Lancaster.)

zas o "zonas verdes", como se las quiera llamar.

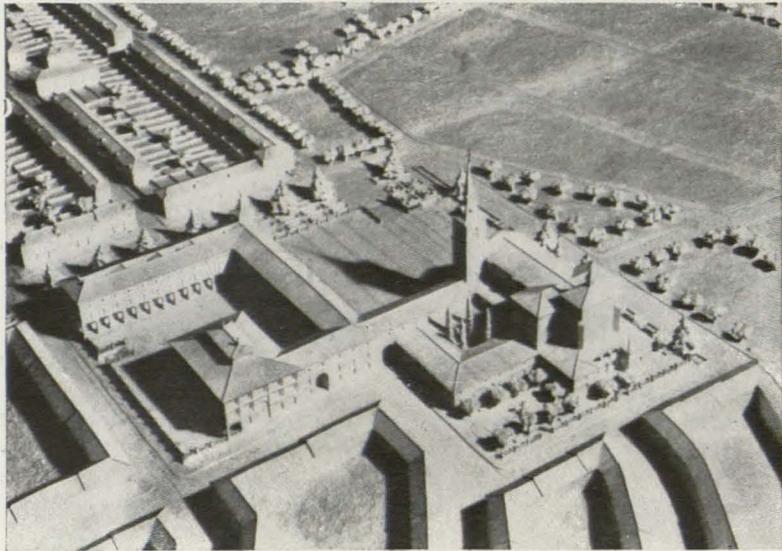
Por un lado, el político no valora su importancia debidamente porque desconoce las razones técnicas que lo justifican, y, por otro, pesan excesivamente los intereses económicos, totalmente opuestos a una política de espacios libres realmente eficaz; y así vemos cómo actualmente se están convirtiendo las zonas verdes en el objetivo preferido de la especulación, transformando uno de los elementos que más beneficios había de reportar a la comunidad en materia de compensación y escándalo.

**JULIAN PEÑA.** Más que de plazas, según su concepto más generalizado, creo que estamos tratando de espacios urbanísticos reservados exclusivamente al hombre, sin interferencias de tránsito rodado.

Me reitero en mi creencia de la abundancia de "tasas" y de mujeres guapas en la calle de Serrano.

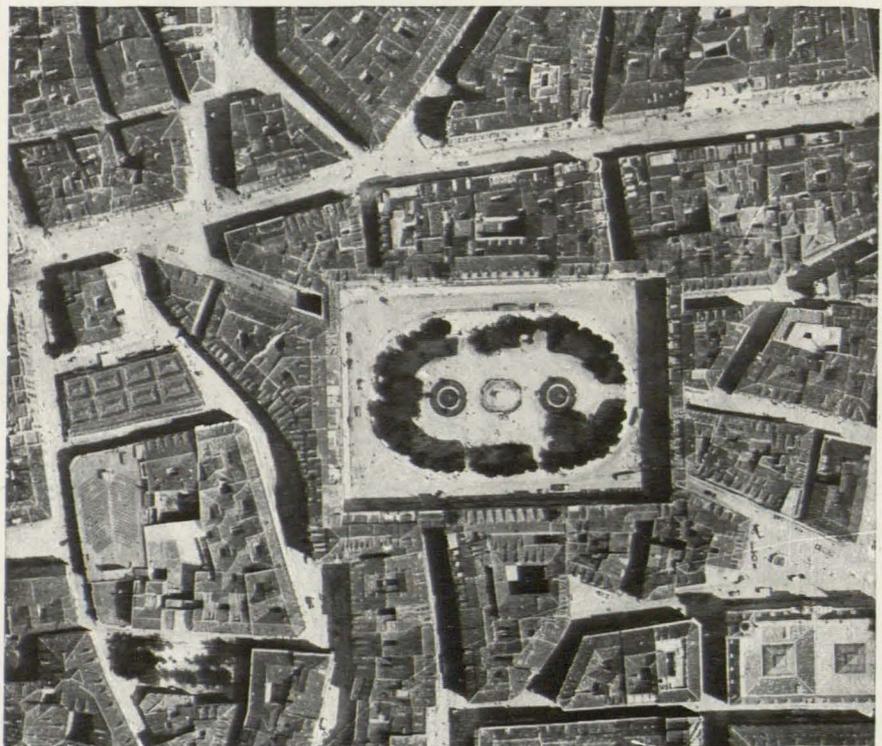
**GASPAR BLEIN.** Me ha parecido notar en las primeras intervenciones una a modo de angustia profesional, no sólo sobre el hecho de que nuestras grandes capitales se hayan hecho con su gigantismo amorfo tan incompatibles con esa idea de convivencia social de las antiguas plazas, sino lo que aún es más pesimista—y esto me sorprende en el sector más joven de la profesión—, que se piense que en el Urbanismo de hoy no exista posibilidad, por lo menos teórica—la práctica sí que es la auténtica dificultad, puesta de relieve en las manifestaciones de otros compañeros—, de resolver tales problemas. Ello está dentro de las primeras nociones de Sociología urbana, que veo bastante desconocida en este ambiente, pues no basta viajar y ver plazas de muchos países...; también hay que "viajar" un poco por campos de doctrinas y técnicas humanísticas como esa de la Sociología, inseparables del urbanismo.

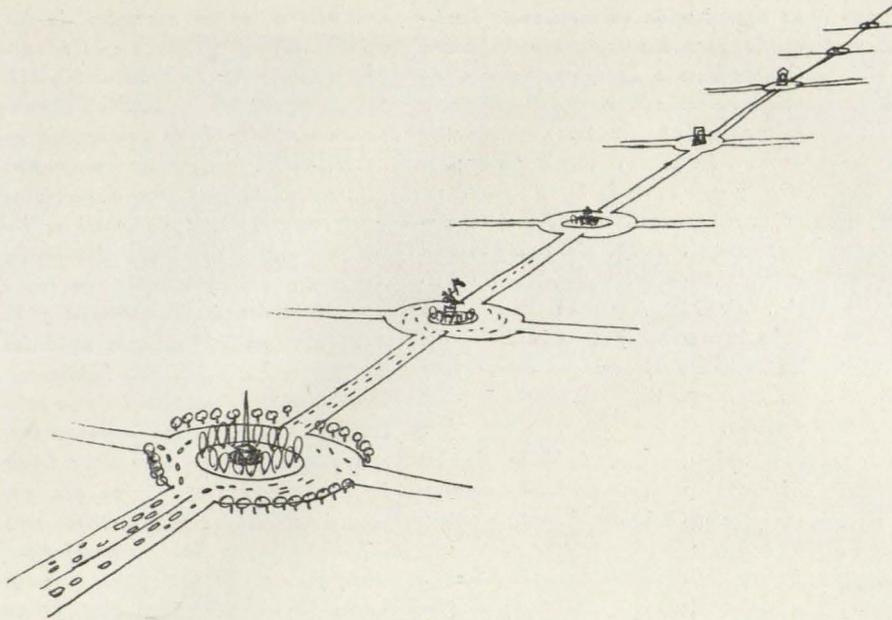
Esa plaza que no es plaza—y menos nudo de circulación rodada—, próxima a la iglesia, donde la gente habla y se reúne y se conoce, donde hay terrazas y rezuma "civismo", tiene un nombre que precisamente es el de "centro cívico". Lo que ocurre es que ha de estar vinculada a una unidad urbana que no es la gran ciudad, sino el pueblo, o su equivalente en la gran ciudad que es la unidad "barrio"; y por eso



Plaza proyectada por la Junta de Reconstrucción de Madrid en el barrio del Tercio. Quedó en proyecto.

Vista aérea de la Plaza Mayor de Madrid, en tiempos Centro Cívico de la ciudad, ahora fuera de uso y sin el elemento urbano que la sustituya.





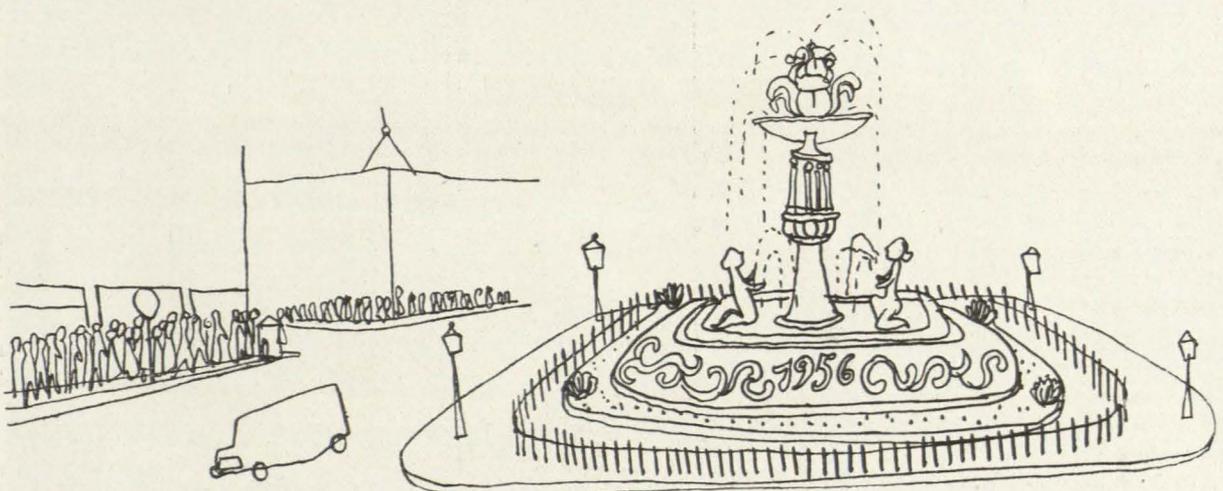
Esta monótona y antipática sucesión de ensanchamientos de la calle es lo que parece es norma del urbanismo de esta época en lo que a las plazas se refiere.

esas plazas en Madrid ya no pueden ser la gran plaza, la plaza Mayor, única que también debe existir como centro comercial de capitalidad, al que se ha referido Ferrater, sino que han de ser las plazas de barrio, en donde todavía si nos fijamos un poco caben los ambientes que echamos de menos.

En Madrid, aunque con bien poco fruto—y en su Plan General de Ordenación están incorporados—, se previeron una serie, o, como ahora decimos, una constelación de plazas de barrio respondiendo a estas ideas, que son el principio de la teoría orgánica de la ciudad, partiendo de los grupos sociales primarios de vecindad que caracterizan a las unida-

des urbanas más menudas, la manzana o el núcleo, integradas sucesivamente en otras de mayor categoría que son los barrios y distritos con sus órganos y sistemas de unión que los integran en la unidad orgánica total. No voy a extenderme ahora en este "rollo", ya tan "tópico" del urbanismo biológico, pero que aún se desconoce por muchos. Creo, sin embargo, que pensar en ello nos llevaría a sentar cosas muy claras, pero que aún hoy se consideran aquí como revolucionarias, acuciados como estamos por hacer viviendas y más viviendas, 1.000 viviendas, 2.000 viviendas, 5.000 viviendas..., que no diría yo sin orden ni concierto, pero sí con un orden muy parcial, muy

cuantitativo y muy poco cualitativo. Muchas veces, con sólo dos o tres tipos, como si fueran almacenes de familias, pero no "unidades sociales de vecindad", y eso aunque digamos que tienen iglesia y escuelas. ¿Cuándo vamos a pensar que ya se debía haber creado Madrid, que está que revienta (y nos revienta) fundiéndose en masa informe y desbordante, para que conserve su integridad personal y buscar su crecimiento como en los seres vivos por medio de generación de nuevas unidades satélites bien enlazadas y orgánicamente proyectadas, como se hace en todos los países civilizados y como también sabemos nosotros desde que hicimos el Plan General de Ordena-



ción, ya desbordados por todas partes? ¿Por qué los españoles que estamos ahora en el proceso de industrialización, con retraso casi de un siglo respecto a otros pueblos, no nos hemos de aprovechar de sus enseñanzas y hacer las cosas bien? Vámonos fuera, donde aún no hayan llegado los especuladores y las gestorías, y creando las comunicaciones eficientes, hagamos la constelación madrileña de ciudades satélites que desvalorece y al mismo tiempo vitalice nuestra ciudad, metiendo el campo entre el Madrid de dentro y el de fuera.

PEDRO BIDAGOR. Me ha gustado mucho la ponencia de Picardo, tanto por la simpatía y sencillez con que ha presentado el tema como por la altura que ha sabido darle. Refiriéndome a lo dicho por Moya y Fisac, tengo que manifestar que no me siento pesimista como ellos; estoy a gusto en esta época que me ha tocado vivir, trabajo a gusto y me divierto a gusto y no siento esos complejos que algunos de vosotros exponéis.

En el mundo moderno hay hechos nuevos que influyen grandemente en nuestras ciudades, y es ya claro que

su organización es totalmente inadecuada para las nuevas necesidades. Concretamente la intensificación de la circulación automóvil obliga a disposiciones urbanas totalmente nuevas. Pero todo esto no es malo ni hay que impacientarse porque no se resuelva de la noche a la mañana; como se trata de cambios con extraordinaria repercusión en la vida colectiva, hay que llevarlos a cabo con calma y serenidad, lo que no quiere decir que se carezca, en un momento dado, de decisión y de audacia.

Picardo nos ha hablado de las plazas, y, por una parte, ha expuesto las características de este elemento urbano; pero, por otra parte, con frecuencia, ha aludido a la falta de sentido orgánico y humano de las ciudades en general, tocando así un tema mucho más amplio que afecta a la esencia misma del urbanismo moderno.

Se ha referido a la plaza como centro de barrio. En este sentido creo que debe quedar clara la afirmación de que uno de los conceptos que mejor se sostiene y que se afirma, a pesar de los cambios que presenciamos, es la de las unidades de vecindad, esas agrupacio-

nes más o menos naturales de las aglomeraciones humanas que obedecen a constantes económicas y sociales, en virtud de las cuales determinados servicios de la comunidad se resuelven en escalas de agrupación diferentes. Así los grupos escolares y el comercio más elemental se resuelven en agrupaciones del orden de cuatro mil habitantes, en tanto que la parroquia, el mercado y la enseñanza media requieren unidades de diez mil a veinte mil habitantes. Reconocido el hecho real de la existencia de estas agrupaciones, es evidente que el arquitecto debe tener la preocupación de darles una expresión urbana. Esta expresión será diferente según las circunstancias: unas veces será una plaza y otras veces corresponderá a otra forma cualquiera de tipo funcional, que se adapte al ambiente urbanístico más conveniente. En todo caso, lo verdaderamente interesante es que en la extensión amorfa de las ciudades surjan oasis de vida y de arquitectura adonde las gentes concurren de forma natural y en donde se sientan a gusto.

Un ejemplo notable de la tendencia natural a la formación de unidades vecinales lo da el desarrollo del

Plaza de Turégano. (Foto Kindel.)



*El antiguo Salón del Prado, de Madrid, centro de la vida de la ciudad a fines del siglo XVIII.*



barrio de Salamanca, de Madrid. Sobre una cuadrícula totalmente indiferenciada han surgido espontáneamente tres unidades urbanas cuyos centros aproximados son: el cruce de Velázquez y Goya, el de Conde de Peñalver y Lista y el de Diego de León y Velázquez. En el planeamiento de Madrid, en este sector, como en el resto de la ciudad, se intentó materializar estos centros con las correspondientes plazas. Ninguna de las tres plazas previstas en el barrio de Salamanca se han podido llevar a la práctica ante el ataque de los intereses afectados y la falta de medios proporcionados por parte de los órganos urbanísticos.

Si del examen concreto de las plazas pasamos a la consideración de las causas por las que las ciudades surgen tan desequilibradas, es conveniente que nos demos cuenta exacta de lo que está sucediendo. En el proceso de transformación del Estado antiguo en el Estado moderno, una de las características más importantes es el porcentaje constantemente superado de la población urbana e industrial en relación con la rural. Las características de la vida moderna y la necesidad de elevar el nivel de vida nos llevan a la creación de industrias y servicios

que requieren vida urbana, y este fenómeno se ha producido y se produce en verdadera avalancha. En España se agrava por el crecimiento bastante elevado de la población (1 por 100 anual) y el gran porcentaje que aún supone la población rural (dos terceras partes del total) y por el bajísimo nivel de vida de esta población. El hecho resultante es que, por un lado, la iniciativa oficial y privada van acumulando sus esfuerzos, en general, en las ciudades y pueblos; por otro lado, los excedentes de población rural, sin preparación alguna para el trabajo industrial ni para la vida en las condiciones urbanas, acude a estos centros, y la adaptación se verifica en pleno desorden económico, social y urbanístico. Es imposible que el problema urbanístico se resuelva si los esfuerzos organizadores no van acompañados de una acción equivalente en el orden económico y social. Ciñéndonos más a los problemas estrictamente urbanísticos, nos encontramos con un hecho que perturba y condiciona totalmente nuestra actuación: me refiero al suelo. La especulación sobre el suelo de la influencia urbana de las ciudades imposibilita toda solución racional del problema, porque no permite gene-

rosidad alguna en la utilización de los espacios y hace extremadamente difícil que las distintas zonas y elementos urbanos surjan allí donde están previstos por un plan racional. Como es lógico, cada propietario de terrenos tiene sus ideas y sus intereses, e interfiere con su acción en la línea general. Si el constructor se adapta a las normas de los planificadores, cae en manos de la especulación. Todos estos hechos ponen de manifiesto la necesidad de que delante del urbanista y del arquitecto existan planificadores sociales que prevean los problemas de este orden que se plantean y promuevan ante los gobernantes medidas necesarias para abrir camino. Corresponde lógicamente al sociólogo señalar los programas y la estructura social de una ciudad o de una comarca, y cuando el técnico interviene, debería contar con un programa político, económico y social estudiado por especialistas competentes. En la práctica, el arquitecto que se enfrenta con el planeamiento de una ciudad tiene que improvisar los criterios correspondientes y afrontar una responsabilidad que de ningún modo es de su competencia. La mención solamente de estas cuestiones, el desequilibrio urbano y ru-

ral; la especulación sobre el suelo y la ausencia de sociólogos, nos hacen ver cuán lejos estamos de una solución total y la profundidad de las reformas que hay que introducir en la estructura social actual para que el urbanismo y la arquitectura alcancen las metas que ansiamos y que comprendemos que son indispensables para un futuro pacífico y satisfactorio.

Mientras tanto, la avalancha continúa, las realizaciones inadecuadas se consuman y los urbanistas luchamos elaborando y defendiendo nuestros planes sin conseguir cuajar una acción segura y continuada, y nuestros éxitos tienen el carácter de golpes de mano parciales en la lucha con propietarios, constructores y Ayuntamientos. Pero hay que tener en cuenta que la vida es como es y que la transformación necesaria es tan difícil que requiere tiem-

po, meditación y experiencia; y sin duda estas ideas que surgen hoy aquí han alcanzado ya extensos campos de la sociedad, de tal manera, que hay que confiar que el remedio llegue. La angustia para nosotros es comprobar cómo entre tanto se pierden las mejores posibilidades y cómo la fisonomía de las ciudades de España, que la quisiéramos moderna y atractiva, sigue siendo, en una proporción grandísima, aburrida, hosca y anárquica.

No nos abandonemos, sin embargo, al pesimismo. A pesar de todo, se está avanzando mucho y hay que tener esperanzas de que las bazas últimamente conseguidas den un fruto abundante.

La promulgación de la ley del Suelo y la puesta en práctica del Plan Nacional de la Vivienda constituyen dos experiencias de extraor-

dinario valor en la evolución de los problemas expuestos. Si, como está previsto, se consigue que las ciudades se desarrollen a base de polígonos previamente adquiridos y urbanizados, en los que el planeamiento urbanístico sea satisfactorio, no cabe duda de que se habrá dado un avance colosal en favor de una nueva fisonomía de nuestros ensanches; y, por otra parte, si esta tarea se desarrolla con suficiente amplitud para atender a las necesidades reales de las ciudades, es evidente que los especuladores de los terrenos pueden quedarse sin clientela, con lo que las circunstancias tan desfavorables del momento actual entrarían en vías de transformación en plazos que tal vez sean más cortos de los que ahora pensamos, dominados como estamos por la impresión de las dificultades del momento actual.

*Palacio Real de Madrid, con el conjunto de sus plazas.*

